

Terrorismo: reflexiones acerca de hacerles daño a los inocentes*

Thomas Pogge
Filosofía, Universidad de Yale y
Universidad Nacional de Australia

Los países de occidente que se han desarrollado están llevando a cabo una guerra contra el terrorismo. O, de modo más preciso: los gobiernos de algunos de estos países conducen una guerra contra los terroristas. Este esfuerzo bélico se incrementó de manera drástica después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, que mataron más o menos 3000 personas en Nueva York, Virginia y Pennsylvania. El más notable ataque anterior a estos, fue el del carro-bomba en las embajadas de Estados Unidos en Dar es Salaam y en Nairobi el 7 de agosto de 1998, que mató cerca de 257 personas, incluyendo a 12 ciudadanos estadounidenses. Desde el ataque del 11 de septiembre, 202 personas, incluyendo a 88 australianos, fueron asesinadas en Kuta en la isla de Bali y en Indonesia, el 12 de octubre de 2002; unas 191 personas murieron en el ataque con bombas en Madrid, el 11 de marzo de 2004; y el ataque terrorista del 7 de julio del mismo año, en Londres, dejó 52 personas muertas.

¿Por qué hacer la guerra contra estos terroristas? Sin sopesarlo debidamente, uno puede pensar que tan grande respuesta al terrorismo es inmerecida. A este pensamiento lo respaldan las comparaciones con otras amenazas a nuestra vida y a nuestro bienestar —la enfermedad cardiovascular y el cáncer, por ejemplo, matan anualmente más o menos 250.000 y 150.000 personas respectivamente, solo en el Reino Unido; 940.000 y 560.000 en los Estados Unidos, mientras que los accidentes de tráfico matan más de 3000 cada año (43.000 en los Estados Unidos). En el Reino Unido, solo una de 10.000 muertes en el año 2005 se debió al terrorismo. E inclusive en los Estados Unidos, en 2001, el promedio correspondiente fue de una persona por cada 750, o sea, el 0.13 por ciento—. Parecería que inclusive un leve incremento en el esfuerzo para combatir la enfermedad cardiovascular, el cáncer, los accidentes de tránsito, o varias otras amenazas similares haría mucho más por proteger nuestra sobrevivencia y bienestar, a un costo menor, que el hecho de revivir la guerra contra el terror.

* Esta conferencia se ofreció en Oxford, el 24 de febrero de 2006. Agradezco a Kieran Donaghue, Jeff McMahan, Chris Miller, Rekha Nath, Matt Peterson, Michael Ravvin, Ling Tong, Leif Wenar y Andrew Williams por las notas y sugerencias escritas que hicieron al trabajo. Traducción del inglés de Nicolás Naranjo Boza, Universidad de Antioquia.

Esta afirmación se ha hecho ya repetidas veces, respaldándola con hechos y estadísticas dramáticos¹. Desde el año 2001, el Fondo global para la lucha contra el SIDA, la tuberculosis y la malaria, creado por todos los gobiernos que deseaban cooperar, que es patrocinado por ellos y que está dedicado a combatir las enfermedades que matan cerca de seis millones de personas anualmente, ha comprometido en la causa más o menos \$10.07 billones y se ha gastado aproximadamente \$ 5.05 billones². El gasto llega a ser de unos \$140 por deceso. Entre 2001 y 2006, solo el gobierno de los Estados Unidos se gastó \$438 billones en la guerra contra el terrorismo³. Esta cantidad llega a ser aproximadamente de \$146 millones por cada deceso estadounidense más de un millón de veces más por deceso. Varios millones de muertes a causa de la extrema pobreza y de las enfermedades curables se podrían evitar cada año si los gobiernos del mundo quisieran cooperar por lo menos con una cuarta parte de lo que se gastan ahora en su guerra contra el terrorismo, para combatir estas calamidades. Tal batalla contra la pobreza y la enfermedad también evitaría el substancial costo humano de la guerra contra el terrorismo: unos 5000 soldados de la coalición han sido asesinados y varias decenas de miles han sido heridos en Irak y en Afganistán. Las muertes de los civiles iraquíes y afganos han sido mucho mayores.

Entonces, ¿por qué se toma tan en serio el terrorismo? Esta pregunta necesita matizarse. Necesitamos distinguir entre las razones y las causas. Y necesitamos establecer diferencias entre los diversos grupos que están involucrados en la guerra.

1 Véase «Patrocinando con fondos de la respuesta de la salud pública al terrorismo» ('Funding the public health response to terrorism') de Erika Frank, en *British Medical Journal*, 331 (2005), pp. 526-27. Allí se sostiene que los recientes cambios de destino de los fondos públicos para conducirlos a los esfuerzos anti-terroristas tienen un impacto negativo grande en la morbilidad y en la mortalidad a causa de los desastres naturales y las condiciones médicas comunes. Véase «Muertes causadas por el terrorismo internacional comparado con las muertes causadas por accidentes de tránsito en los países OECD» ('Deaths from international terrorism compared with road crash deaths in OECD countries') de Nick A. Wilson y George Thomson en *Injury Prevention*, 11 (2005), pp. 332-3.

2 Véase «Compromisos de concesiones y desembolsos corrientes» ['Current grant commitments and disbursements'] del Fondo global para la lucha contra el sida, la tuberculosis y la malaria [The Global Fund to Fight AIDS, Tuberculosis and Malaria], disponible en: www.theglobalfund.org/en/funds_raised/commitments.

3 Véase «El costo de las operaciones en Irak, Afganistán y otras operaciones de la guerra global contra el terrorismo desde el ataque del 11 de septiembre» («The Cost of Iraq, Afghanistan, and Other Global War on Terror Operations Since 9/11») de Amy Belasco. Véase «Reporte de Servicio de investigaciones para el Congreso» [Congressional Research Service Report for Congress] (Washington: Library of Congress, 2006), disponible en: www.fas.org/sgp/crs/natsec/RL33110.pdf.

I

Veo dos explicaciones principales para esto (se tratarán en las secciones I y II). Una de ellas es que la atención pública que se da al terrorismo es de utilidad para importantes distritos electorales domésticos. Sirve, de modo más evidente, a los medios de comunicación encargados de las noticias. Su éxito económico depende de su habilidad para atraer la atención del público; y es mucho más fácil atraer al público con historias acerca de terroristas y sus planes y sus víctimas que atraerlo con historias sobre el cáncer y las víctimas de cáncer o con historias que traten sobre accidentes de tránsito⁴.

La atención pública al terrorismo también le es de utilidad a los políticos, especialmente a los que les incumbe el terrorismo. Pueden obtener una atención y una autoridad que se incrementan en mucho, y lograr la deferencia de parte de un público atemorizado, así como su aquiescencia cuando ellos retienen información, cuando incrementan la vigilancia, cuando faltan al respeto a las libertades civiles, y contienen a la oposición política. Muchas políticas gubernamentales de Occidente —desde la invasión de Irak hasta el monitoreo secreto de los ciudadanos y la detención de los opositores políticos tanto en casa como en el extranjero— han sido vendidas como «medidas anti-terroristas»⁵. Muchos gobiernos no-occidentales han seguido de buen grado nuestro ejemplo, y a menudo defienden severas violaciones de los derechos humanos fundamentales porque sostienen que son respuestas necesarias a las amenazas terroristas.

Los políticos de algunos países sacan un provecho adicional de una gran guerra contra el terrorismo también en el campo internacional, o sea el beneficio de que esta guerra reafirma el poder político de su país. De un modo simplista se puede asumir que el poder político de un país depende de tres componentes: el poder militar (la capacidad para ejercer la violencia), el poder económico y el peso moral internacional que este posee. Los países difieren en cuanto a la composición de su poder político: Rusia y los Estados Unidos son militarmente poderosos en relación con su poderío moral y económico. El Japón es poderoso económicamente en relación con su poderío militar y moral. Y el poder moral de Islandia en el mundo es grande en relación con su poder militar y económico. Ahora, cuánto contribuye cada uno de los tres componentes al poder político, depende del medio regional o del medio global. El poderío militar contribuirá en

4 Esto no es un llamado a que se hagan censuras, claro está, si no a que haya un periodismo y reportajes responsables e inteligentes.

5 Debe, sin embargo, indicarse que hay una considerable diversidad de respuestas a esto en Occidente. Véase «Las libertades civiles en los casos de emergencia» ('Civil liberties in emergencies') de Dirk Haubrich en *Gobiernos del mundo: una guía global sobre los derechos y responsabilidades de los ciudadanos* [*Governments of the World: A Global Guide to Citizens' Rights and Responsibilities*], Editor C. Neal Tate, en 4 volúmenes, Farmington Hills, MI: Macmillan Reference, 2005, pp. 199-205.

mucho mayor medida al poder político en medio de una guerra mundial que en tiempo de paz mundial; y la reputación moral de un país será mucho más significativa en tiempos de paz mundial que en un periodo de guerra o de conflicto. Por lo tanto, los gobiernos de los países cuyo poderío militar es relativamente mayor que sus poderíos económicos o morales tenderán a beneficiarse de la inseguridad y de la tensión creciente porque dispondrán de mayor libertad para actuar debido a la mayor aquiescencia de parte de sus propios ciudadanos y de parte de otros países. Los líderes políticos de los países con un poderío militar que es comparativamente mayor tienen, por ende, un incentivo adicional para fomentar un clima internacional de conflicto y de hostilidad. Tal ambiente les sirve para acrecentar no solo su situación doméstica, si no también el poder que esgrimen internacionalmente a favor de su propio país.

Vale la pena hacer una reflexión posterior sobre estos asuntos porque al utilizar el terrorismo para sus propios fines, nuestros medios de comunicación y nuestros políticos están ayudando a los terroristas a conseguir exactamente lo que desean: la atención y el temor del público. Al ayudar a asegurar que los ataques terroristas sean exitosos del modo en que sus perpetradores lo quieren, los medios y los políticos están multiplicando el daño que sufren nuestras sociedades por el terrorismo y también están propiciando nuevos ataques terroristas.

II

Aquellos ciudadanos comunes en el Reino Unido y en los Estados Unidos que han estado respaldando el esfuerzo bélico, por lo menos de manera tácita, son asunto diferente. ¿Por qué han dado tanto apoyo a la guerra? Una razón para ello es, claro está, que se ha persuadido a tales ciudadanos de que esta guerra mejora la seguridad de ellos mismos y de sus amigos y de sus familiares en contra de los ataques terroristas. Pero esta razón de un carácter más prudente no explica la enorme atención que el público presta al terrorismo, ni el costo elevadísimo, en términos monetarios y de libertades básicas, que muchos ciudadanos parece que están dispuestos a soportar para combatirlo, ya que la guerra contra el terrorismo no es una vía efectiva en términos de costos de proteger nuestra salud y nuestra sobrevivencia. Claro, los ciudadanos no están por completo informados y no son perfectamente racionales. Puede que no se den cuenta cuán pequeño ha sido el daño causado por el terrorismo y cuán costosas han sido las medidas para contrarrestarlo. Pero creo que una parte importante de la explicación es nuestro juicio moral de que estos ataques terroristas son excepcionalmente abominables. Este juicio hace que sea especialmente urgente pelear contra este terrorismo puesto que tal esfuerzo promete no solo una reducción en los riesgos de peligro a los que cada uno de nosotros está expuesto, sino que promete también la supresión de un mal moral espantoso. Debido a que percibimos

que estos ataques terroristas son tan excepcionalmente abominables, le damos a su supresión una importancia que es enormemente desproporcionada al daño inmediato que ellos infligen.

¿Es correcto considerar a estos ataques terroristas como especialmente abominables y por ende atribuir tal importancia desproporcionada a su supresión?

Antes de examinar este asunto en la sección III, ocupémonos de un tema primordial. Hay quienes encuentran este examen ofensivo. Encuentran que es obvio que estos ataques terroristas son algo muy malo. Y sienten que se niega la auto-evidencia de esta proposición cuando examinamos su significado y sus bases. Sienten que la pregunta: «¿Qué es lo que hay de malo en estos ataques terroristas?» sugiere que estos ataques están entre aquellas cosas sobre las que la gente puede no estar de acuerdo de modo razonable. Y rechazan con firmeza tal sugerencia.

Permítaseme ser muy claro entonces al decir que, al preguntar qué es lo que está mal con estos ataques terroristas, no estoy sugiriendo que la gente pueda estar en desacuerdo sobre su maldad, sino meramente que es importante comprender por qué tales ataques están mal. Inclusive si estamos perfectamente seguros de que están mal, entender por qué es de todos modos importante por dos razones. Estableceré una razón ahora y la otra en la sección VII.

La primera razón tiene que ver con la teoría moral. A menudo nos enfrentamos a asuntos morales o a decisiones de este tipo que son difíciles de resolver. Cuando esto sucede, nos entregamos a reflexiones morales. Tales reflexiones se ocupan de la evidencia empírica relevante y así mismo de otras cuestiones o decisiones de carácter moral menos difíciles que puedan ser análogas (o que se relacionen de alguna manera con) el problema que tenemos entre manos. John Rawls ha analizado este método ordinario con cierto detalle y lo ha comparado a como tomamos decisiones difíciles en el campo de la lingüística. Cuando tenemos dudas acerca de si determinada frase está bien expresada en inglés, podemos formular hipotéticas reglas gramaticales que o impedirían el uso de tal frase o que permitirían usarla y, luego, se probarían estas hipótesis generales contraponiéndolas a frases cuyo estatus ya ha sido aprobado. De esta manera, algunas de las reglas que probamos pueden confirmarse y otras pueden refutarse. Las reglas que han sido confirmadas pueden entonces traerse a colación para resolver nuestra duda inicial⁶.

Con este método, que Rawls llama un equilibrio reflexivo, las convicciones a las que nos aferramos con más firmeza, colectivamente, son los estándares mediante los que juzgamos los asuntos difíciles. Pero el método solo puede funcionar si podemos hacer que algunas de nuestras firmes convicciones aclaren el asunto o la decisión difícil que estamos enfrentando. Esto requiere que generalicemos a partir de estas convicciones a las que nos aferramos con mayor ahínco. Podemos

6 Véase *Una teoría de la justicia (A Theory of Justice)* de John Rawls (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999), sección 9.

hacer esto formulando hipotéticamente más principios morales generales que puedan entonces ser confirmados o refutados por nuestras convicciones morales más arraigadas, como es la convicción de que estos ataques terroristas son malos. Un principio moral confirmado nos ayuda a comprender por qué tales ataques están mal, o qué es lo que los hace malos. Y tal principio puede entonces ser utilizado para resolver otras preguntas o decisiones morales más difíciles.

III

Así que, ¿qué es lo que está mal con los ataques terroristas, tales como los cinco que describí al inicio de este trabajo? Como primera aproximación, podríamos decir que lo que hace que estos ataques sean presumiblemente malos es que, de modo previsible para quien los lleva a cabo, ellos hieren e inclusive matan a gente inocente. Asumo que está lo suficientemente claro, para mis fines actuales, lo que significa el hecho de herir o de matar gente. Al llamar a una persona inocente, quiero decir que esta persona no representa ninguna amenaza y no ha hecho nada que justifique el atacarla con una fuerza letal. Con seguridad, los terroristas pueden haber creído que algunas de las personas que atacaron no eran inocentes en este sentido más o menos técnico y que, por ende, estaban sujetas, de manera justificada a recibir los ataques letales. Pero no pueden haber creído esto, de manera razonable, sobre la gran mayoría de personas a las que atacaron. Con claridad vieron de antemano que su conducta iba a herir y a matar a mucha gente inocente. De hecho, la hora del día que escogieron para llevar a cabo sus ataques, y la falta de cualquier advertencia previa tal como la que a menudo realizaron el IRA o ETA, hacen pensar mucho que no solo previeron que herirían y que matarían a muchas personas inocentes sino que inclusive ese era su propósito.

No es preciso sostener siempre que está mal hacer aquello que uno ve de antemano que va a herir o a matar gente inocente. Es suficiente con que haya una firme conjetura contra tal idea, que se puede superar mostrando que actuar de tal modo es necesario para lograr un bien aún mayor (que puede consistir en la prevención de un mal aún mayor).

Las justificaciones de este tipo son de dos clases. Las justificaciones de la primera clase afirman que aquellos que serán heridos van a obtener beneficios de la acción a partir de los cambios que se esperan. Podemos darle este tipo de justificación a un doctor que administra una vacuna viva a 10.000 niños al tiempo que sabe que, estadísticamente, uno o dos de ellos morirán a causa de la infección resultante. La conducta de este doctor es, a pesar de ello, permisible si las posibilidades de sobrevivencia de cada niño se espera que aumenten en comparación con las que tendrían si no fueran tratados y en relación con las que tendrían en caso de seguir otros tratamientos posibles. Con las justificaciones de

este tipo, basta con que el bien que se espera supere el daño esperado de modo que haya una ganancia neta para cada una de las personas afectadas. Puesto que es claramente falso que las personas atacadas por los terroristas fueran a obtener beneficios de estos ataques a partir de los cambios que se esperaba que trajeran, podemos dejar de lado esta clase de justificación en lo que sigue.

Las justificaciones de la segunda clase afirman que el mal hecho a las personas inocentes es superado, no por algún bien que recae directamente sobre estas mismas personas, sino por un bien mayor de otro tipo. Algunos filósofos rechazan las justificaciones de la segunda clase por completo. Pero encuentro que tal absolutismo es poco plausible. Si el régimen brutal de un tirano que está matando a miles de personas puede acabarse con un golpe violento que, inevitablemente, mata también a un niño inocente, este golpe parece moralmente aceptable, tal vez obligatorio, si de hecho puede salvar a miles de ser asesinados y a millones de ser oprimidos y de ser tratados con crueldad. De modo similar, el bombardeo aéreo de las ciudades puede justificarse cuando este es el único medio de defensa contra un estado agresor horrible. En el lado opuesto del espectro, algunos filósofos sostienen que las justificaciones de la segunda clase pueden tener éxito inclusive cuando el mayor bien a duras penas sobrepasa el daño que se prevé. Tales filósofos pueden aprobar el asesinato de diecinueve niños cuando esta es la única manera de salvar a otros veinte niños. Como la mayoría, encuentro que este estándar basado en las consecuencias de los actos es demasiado permisivo. Cuando el bien mayor que un agente tiene la intención de alcanzar con su acción no es un bien para las personas inocentes que la acción herirá, entonces ese bien solo puede justificar la acción si supera *en gran medida* el daño que se prevé que esta acción infligirá (a menudo se considera que este requerimiento es especialmente significativo cuando el daño que se va a infligir es un medio para alcanzar el bien implicado, más que una consecuencia colateral previsible). Fuera de esto, tal justificación exitosa también requiere, claro está, que el daño sea *necesario* para lograr el bien mayor en cuestión, de manera que el mismo bien no pudiera haberse alcanzado utilizando cualquier otro(s) medio(s) menos dañino(s) que el que fue escogido.

¿Puede tal justificación darse para los ataques terroristas de los que hablamos? Creo que no. Para mostrar esto de modo concluyente, uno tendría que considerar indefinidamente muchos posibles «bienes mayores» que se pudieran ofrecer. Esto no lo podemos hacer. En lugar de eso, enfoquémonos en tres bienes mayores posibles a los que han apelado en realidad los terroristas o aquellos que los apoyan. Este ejercicio puede darnos un sentido más claro de cómo podemos responder a otras justificaciones tales que aún están por hacerse.

Una justificación se refiere a varios regímenes del Medio Oriente –el de Arabia Saudita se incluye de modo prominente– que se consideran como dictatoriales o no-islámicos o pro-occidentales. Los ataques terroristas tenían el fin de desalentar a los Estados Unidos y a otros países occidentales de apoyar dichos

regímenes, especialmente de ubicar tropas en sus territorios, y para levantar la moral de aquellos que están buscando deshacerse de estos regímenes. Una segunda justificación apela al bien de debilitar a Israel, desanimando a otros gobiernos de darle respaldo y mediante el levantamiento de la moral de los palestinos que se resisten a la ocupación israelí de sus tierras. Una tercera justificación apela al bien de castigar a los países occidentales por el apoyo que le dieron a Israel, y por el que le dan en el presente, y por los regímenes dictatoriales y no-islámicos del Medio Oriente.

Para tener éxito, cualquier justificación de estas debe probar cuatro cosas. Debe mostrar que el bien buscado es en realidad un bien. Debe comprobar que los ataques terroristas en cuestión contribuyen a este bien, por lo menos mediante el cálculo de probabilidades. Debe probar que el valor de esta contribución supera en gran medida los daños a la gente inocente que se prevén. Y, finalmente, cualquier justificación de estas debe también comprobar que todos estos daños eran en realidad necesarios para la contribución que se buscaba para conseguir el bien mayor, que el mismo bien no podría haberse alcanzado utilizando cualquier otro tipo de medios menos dañinos.

El modo más rápido y más claro de ver que estas justificaciones fallan es si uno se enfoca en la cuarta prueba. Las contribuciones equivalentes a los tres bienes mayores opcionales podrían haberse logrado con mucho menor daño para la gente que es evidentemente inocente. De hecho, el modo de realizarlos y el momento en que se realizaron los ataques sugieren que tal daño se buscaba. En todo caso, los terroristas por lo menos hicieron gala de un gran descuido por lo que se llama con un eufemismo «daño colateral». Los terroristas pudieron haber atacado a sus blancos norteamericanos temprano en una mañana de domingo, por ejemplo, cuando el área del World Trade Center hubiera estado casi desierta. Tal esfuerzo palpable de salvaguardar a las personas inocentes no hubiese reducido la atención hacia la causa de los terroristas. Por el contrario, al indicar claramente su intención de salvaguardar a la gente inocente en la medida de lo posible, los terroristas hubieran hecho que los ciudadanos locales y los de occidente fuesen más receptivos a sus fines y a sus motivos de queja, y de todos modos hubieran demostrado sus aterradoras capacidades y voluntad de morir por su causa. La mayoría de los daños que los terroristas hicieron a personas inocentes no eran necesarios para promover el buscado bien al que aspiraban y muy posiblemente fue bastante contraproducente.

Podemos recordar en este contexto que la desconsideración por la vida de las personas inocentes no es un rasgo distintivo del terrorismo y, de hecho, está ausente de buena parte de terrorismo en la historia. IRA y ETA frecuentemente hacían advertencias de bombardeos antes de los mismos para minimizar el daño hecho a las personas. Y algunos de los terroristas rusos de 1905-1906 —a veces llamados terroristas de imperativos morales y que fueron inmortalizados por Albert Camus en su obra de teatro *Los justos*, así como en su ensayo «El rebelde»—

estaban absolutamente decididos a no hacerles daño a los inocentes. Por lo tanto Kaliaev abandonó su primer intento de asesinar a Sergei Aleksandrovich cuando vio que el gran duque llevaba a su sobrina y a su sobrino, un par de niños, en su carruaje⁷.

Las justificaciones morales de los ataques terroristas fallan, entonces, porque no pueden realizar la cuarta prueba: los ataques infligieron grandes daños en muchas más personas inocentes de lo que se podía evitar racionalmente, dado el fin que se buscaba.

A esto puede objetarse que los terroristas y los que los apoyan pueden no sentir que haya que hacer justificaciones para que ellos maten a seres humanos inocentes. Ellos se ven a sí mismos comprometidos en una guerra en la cual sus oponentes le han infligido daños aún mayores a los inocentes. Cuando, en la guerra, el enemigo de uno emplea métodos inmorales, entonces es moralmente permisible emplear los mismos métodos a cambio.

En trabajos previos, he discutido esta objeción con el rótulo de «inmunidad del pelele» [sucker exemption]⁸. La idea básica es que un agente en un contexto competitivo no está obligado a reprimir en cosas que los agentes competidores no reprimen. Creo que esta idea puede, de hecho, ser plausible, pero solo cuando quienes son víctimas de la violación de las restricciones de un agente, han sido antes, ellos mismos, violadores de la misma restricción. Si usted tiene varios acuerdos con otra persona, por ejemplo, y resulta que ella rutinariamente viola estos acuerdos cuando le viene en gana, entonces usted no tiene la obligación moral de cumplir sus acuerdos con ella cuando a usted no le parezca.

La «inmunidad del pelele» es claramente poco probable, sin embargo, cuando aquellos a quienes la conducta del agente torna en víctimas son distintos de aquellos que lo han hecho víctima a él. A usted no le está moralmente permitido violar sus acuerdos con una persona porque otra distinta de ella ha violado los acuerdos con usted. De modo similar, a un agente no se le permite moral-

7 Más tarde, Voinarovski declara con respecto al asesinato planeado del almirante Dubasov, el Gobernador General de Moscú, que «si Dubasov está acompañado por su esposa, no lanzaré la bomba». *El rebelde: un ensayo sobre el hombre en medio de la revuelta* [The Rebel: An Essay on Man in Revolt] de Albert Camus, traducido al inglés por Anthony Bower (New York: Vintage, 1956), p. 140; y *Boris Savinkov – Renegado en la izquierda* [Boris Savinkov – Renegade on the Left] de Richard B. Spence (Boulder, CO: East European Monographs, 1991, pp. 45 y ss). Savinkov, de modo similar, se opone a intentar matar a Dubasov en el Expreso de San Petesburgo a Moscú sobre la base de que «si hubiese el más mínimo error, la explosión podría tener lugar en el coche y mataría a desconocidos» (*El rebelde...* de Camus, p. 140). Más tarde, cuando está escapando de una prisión zarista, el mismo Savinkov según se dice «decide no disparar a ningún oficial que intente prevenir su huida, y suicidarse a cambio de descargar su revólver sobre un soldado cualquiera» (*Ibid.*).

8 «Males históricos: los otros dos ámbitos» [‘Historical wrongs: the other two domains’] de Thomas Pogge, en *Justicia en el tiempo. Respondiendo a la injusticia histórica* [Justice in Time. Responding to Historical Injustice], Editor Lukas Meyer (Baden-Baden, Germany, Nomos, 2004).

mente hacer daño a los amigos o a los parientes de alguien que le ha hecho daño a sus amigos o a sus parientes. A un hombre no se le permite, por ejemplo, violar la hija de aquél que ha violado a su propia hija. Y, de manera semejante con los terroristas y quienes los apoyan: no se les permite moralmente que hagan daño o que maten fortuitamente a compatriotas inocentes de quienes le han hecho daño a los compatriotas o asociados de ellos. Una persona puede confiscar obligaciones morales ordinarias para evitar que se le haga daño solo por medio de algo que ella misma haya hecho, no a través de las acciones de otra persona. Por ende, sean los daños malignos que sean los que los terroristas o sus asociados o compatriotas puedan haber sufrido, estos no alteran sus relaciones morales con las terceras partes que no son culpables de esos daños malignos.

Resulta interesante que Osama bin Laden haya declarado que comparte esta misma manera de ver las cosas en las negativas tempranas que dio a haber tenido algo que ver con los ataques del 11 de septiembre. Se dice por tanto que afirmó en su entrevista del *Daily Ummat*, del 28 de septiembre de 2001: «Ya he dicho que no estoy implicado en los ataques del 11 de septiembre contra los Estados Unidos. Como musulmán, hago lo que esté en mis manos para no decir una mentira. No tenía conocimiento de estos ataques, ni considero que el asesinato de mujeres, niños y otras personas inocentes sea un acto apreciable. El Islam prohíbe estrictamente el hacerle daño a las mujeres, niños y otras personas inocentes. Tal práctica está prohibida aún durante el transcurso de una batalla»⁹. Que la interpretación que hace Bin Laden del Islam es, al menos, probable lo confirman varios pasajes del Corán, tales como este: «quien mata a un ser humano por otra razón que por un homicidio sin premeditación o por la corrupción sobre la tierra, es como si hubiera dado muerte a toda la humanidad»¹⁰.

IV

Para mostrar que los ataques terroristas fueron moralmente injustificados, me he enfocado en el más débil eslabón de las justificaciones: cualquier propósito plausible de los ataques se pudo haber alcanzado con mucho menos daño para los civiles inocentes. Este enfoque en la cuarta prueba no debería tomarse como si sugiriera que las otras tres pruebas sí se proporcionaron. Creo que no se pueden proporcionar. En particular, no es claro a qué bien mayor genuino estos ataques pudieron haber contribuido. Tal vez había algunas personas entre las víctimas que, a los ojos de los terroristas, eran los suficientemente culpables como para merecer la muerte. Pero esto no basta para que estos ataques cuenten

9 Entrevista con Osama bin Laden en el *Daily Ummat* (Karachi), del 28 de septiembre de 2001; se la ha publicado con frecuencia, por ejemplo en www.robert-fisk.com/usama_interview_ummah.htm.

10 Corán 5:32.

como operaciones de castigo exitosas que sirven a un fin de disuasión enfocada. Los ataques fueron demasiado indiscriminados para eso –tanto porque no hicieron esfuerzo alguno para incluir a personas específicas que fueran percibidas como culpables y también por no hacer esfuerzo por excluir a las personas que eran claramente inocentes. El proverbio dice: «Es preferible que diez personas culpables escapen, a que una inocente sufra»¹¹. Para justificar los ataques como un castigo a individuos culpables, los terroristas tendrían que negar un principio aún más débil. Tendrían que afirmar algo así: «Es preferible que diez personas inocentes mueran a que una persona culpable siga viviendo». Y aún así tendrían que identificar a 337 entre sus víctimas –una de cada 11 en cada ataque– que merecieran la pena de muerte y cuyas muertes entonces justificarían las muertes de 3365 personas inocentes así como todo el otro daño colateral.

Los ataques podrían entenderse como castigos colectivos de un grupo, tal vez de un país, que servirían para desanimar a ese país, y a otros, de continuar con sus políticas exteriores en relación con el Medio Oriente. De hecho, no se cómo más darle sentido al atentado de Bali si no es así. ¿Pero son este tipo de muertes por venganza un bien? ¿Es apropiado castigar a Australia y a España por sus –asumamos que malas– políticas internacionales matando a un grupo de sus ciudadanos seleccionado al azar? Tal tipo de castigos distribuido de esta manera desproporcionada se conoce en la historia –por ejemplo la práctica romana de diezmar a una unidad militar típicamente a causa de la cobardía o de la insubordinación–. Pero ya no se niega, con seriedad, la improbabilidad moral de que se realicen tales castigos. Más aún, inclusive si tales castigos tendenciosos a un grupo administrados al azar fuesen una cosa buena, uno todavía tendría que mostrar que este bien es lo suficientemente grande como para sobrepasar el daño hecho a los inocentes. Estos inocentes incluyen a la mayoría o a todo el grupo de miembros escogidos al azar, que pueden ser niños o jóvenes u opositores abiertos de la política de su gobierno. E incluyen también aquellos que están por fuera del grupo seleccionado. En el ataque de Bali, cerca de una quinta parte de las víctimas eran del mismo lugar y otra quinta parte estaba compuesta por turistas de países que no estaban en la mira. En el bombardeo de la embajada de los Estados Unidos, casi el 95% de las víctimas no pertenecía al país que estaba en la mira.

¿Lograron estos ataques debilitar a Israel o a los dirigentes de Arabia Saudita o a otros líderes que no gozan de aprecio en el Oriente Medio, por ejemplo deteniendo el apoyo que se les brinda desde Occidente, o podía esperarse de modo racional que los debilitaran? Los ataques terroristas han incrementado de modo predecible, con certeza en los Estados Unidos, la simpatía por Israel y el

11 Al modo como lo formuló Sir William Blackstone en *Comentarios a las leyes de Inglaterra* [*Commentaries on the Laws of England*] (Facsímil de la primera edición de 1765-1769), Chicago, University of Chicago Press, 1979, Libro IV, p. 352.

apoyo que se le da: por la pared de seguridad de Israel, por la expansión territorial y por los puestos de control en el Banco occidental (West Bank) así como por las políticas israelíes de los asesinatos premeditados y las respuestas mortales contra los civiles en los territorios ocupados y en el extranjero (en el Líbano, más recientemente). Los ataques han incrementado mucho el apoyo diplomático, financiero y de seguridad que se le da a los regímenes del Medio Oriente y que los terroristas desprecian. Y también han incrementado la tolerancia occidental por las antiguas prácticas de represión severa de los detractores y de los detractores islámicos en particular y ha crecido la colaboración occidental en tales prácticas. Con seguridad, los terroristas del 11 de septiembre hubiesen dado la bienvenida a la caída del régimen de Saddam Hussein en Irak, a lo que sus ataques contribuyeron; pero no hubiesen dado la bienvenida al modo en que cayó, a la ocupación de Irak por las tropas occidentales ni al régimen sucesor emergente. Sus ataques de modo predecible pusieron en peligro el régimen Talibán en Afganistán, lo que llevó a reemplazarlo con un régimen que ellos hubieran encontrado mucho menos atractivo. Los ataques terroristas sí aceleraron el hecho de que Occidente aceptara que un país musulmán realizara la primera adquisición de armas nucleares¹². Pero se aceptó esto al dictador militar de Pakistán con la condición de que aceptara una cantidad de políticas domésticas y extranjeras que los terroristas rechazan pues las consideran anti-islámicas y pro-occidentales, incluyendo una participación activa en la guerra contra el terrorismo. Ninguna de las reacciones occidentales a esto causa sorpresa. Y es difícil ver entonces qué gran bien provino, o pudo esperarse que proviniera, de los ataques terroristas – que fuese lo suficientemente grande como para superar todo el daño hecho a los inocentes.

V

He presentado brevemente mis razones para creer que los cinco ataques terroristas de los que nos hemos ocupado son actos de homicidio masivo sin justificación moral. Esta conclusión se podría discutir más aún. Otros bienes mayores posibles se podrían aducir, o se podrían proponer modificaciones a mi recuento de lo que una justificación exitosa necesitaría mostrar. Un filósofo listo podría seguir en este juego un buen rato, y yo no puedo anticipar, mucho menos responder de antemano, a todas las jugadas que tal filósofo podría hacer.

12 El 22 de septiembre de 2001, George W. Bush levantó la así llamada Enmienda-Presidencial, que había bloqueado la mayoría de la ayuda militar y económica a Pakistán debido al programa de armas nucleares de este país. Véase «Las fuerzas nucleares de Pakistán, 2001» [«Pakistan's Nuclear Forces, 2001»] de Robert S. Norris, William M. Arkin, Hans M. Kristensen, and Joshua Handler en *Bulletin of the Atomic Scientists* 58, n.º 1 (January 2002), en: www.accessmylibrary.com/coms2/summary_0286-24952646_ITM.

Pero esta no es una razón para que suspendamos el juicio moral. Estos atacantes y los que los apoyan han dejado claro que se consideraron como personas que llevan a cabo una violencia política que está justificada. Sus pronunciamientos están cargados con un lenguaje moral y religioso que presenta su conducta como algo justificable, inclusive noble, e insta a otros a seguir su ejemplo. Tales afirmaciones implican una responsabilidad para justificar sus ataques. Puede que no le deban esa justificación a todo el mundo. Pero se la deben a sus víctimas inocentes y a los amigos y a los parientes de tales víctimas. Y les deben una justificación a los creyentes sinceros en su religión, en cuyo nombre han atacado a sus blancos.

Póngase a usted mismo en la posición de alguien que está comprometido en la planeación de un ataque que prevé que matará a muchos civiles inocentes. E imagine a tal persona como alguien que toma la moral con seriedad —entendiendo por moralidad algo amplio que incluye cualquier religión que brinda una guía moral y que impone restricciones. Tal persona moral tendría que pensarlo muy bien antes de matar a muchas personas inocentes. No haría esto sin antes asegurarse a sí misma, hasta alcanzar un grado de confianzas muy alto, de que su acción planeada está verdaderamente justificada —de alguna de las maneras que he bosquejado o de alguna otra manera que él encuentre que es obligatoria mediante la reflexión. Para una persona religiosa, especialmente cuando está a punto de actuar en nombre de su religión, está la posterior necesidad de asegurarse por completo de que realmente ha usado sus capacidades, otorgadas por Dios, en la mayor medida para asegurarse de que su acción planeada realmente está de acuerdo con la voluntad de Dios. Para una persona que sea seriamente religiosa, ¿qué podría ser más aterrorizante que la posibilidad de que no fuese lo suficientemente cuidadosa y por lo tanto cometiera un error al matar, contra la voluntad de Dios pero en su nombre, a cientos de seres humanos inocentes?

Con los casos que tenemos ante nosotros, esta no es una posibilidad remota. Como ha dicho Bin Laden, estos ataques mataron a seres humanos inocentes y el Islam prohíbe estrictamente el hacerle daño a los seres humanos inocentes inclusive en la guerra. De suerte que no es —para poner las cosas en términos suaves— obvio que estos ataques estén permitidos, mucho menos que son la voluntad de Dios. Se requiere ciertamente de un pensamiento hondo de parte de una persona que sea genuinamente religiosa para que llegue a la conclusión de que estos ataques están de acuerdo con la voluntad de Dios.

Ahora suponga que una persona que sea genuinamente religiosa haya llegado a esta conclusión de modo consciente. Querría dar sus razones, por lo menos después del hecho (y por ende tal vez después de su propia muerte). Sentiría una responsabilidad de explicar a sus víctimas inocentes, y a sus amigos y a sus parientes inocentes porqué se sintió obligado a hacerles daño. Quisiera que otros musulmanes no solo siguieran su ejemplo, sino que lo hicieran pudiendo apreciar por completo porqué esta es realmente la voluntad divina. Y, tal vez

lo más importante, quisiera que cualquier error en su entendimiento del Islam fuese identificado y corregido. Una persona que sea genuinamente religiosa busca vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, de acuerdo con lo que su religión requiere. Esto es diferente de vivir de acuerdo con lo que uno *cree* que es la voluntad de Dios y lo que *cree* que la religión propia requiere de uno. Ambas metas son diferentes a causa de la posibilidad de errar. Negar tal posibilidad es sostener que uno es infalible. Esto constituiría una verdadera arrogancia en cuanto a la moral, y sería una blasfemia en cualquier religión teísta¹³.

Es cierto, claro está, que todo lo que tenemos son nuestras creencias. No tenemos ningún acceso a la verdad que sea independiente de una creencia. Aún así, las creencias pueden estar más o menos bien fundamentadas. Para la persona que busca vivir de acuerdo con lo que ella *cree* que es la voluntad de Dios, no importa si sus creencias están bien fundamentadas o no lo están. Para la persona que busca vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, por contraste, nada es más importante que fundamentar sus creencias. Mientras más trabajos se tomen para examinar y para corregir su entendimiento y sus creencias, más probabilidades tiene de hacer lo correcto. Y aún cuando yerre, de todas maneras, al menos habrá hecho lo que estaba en sus manos para entender correctamente por medio del uso cabal de las facultades y los otros recursos con que Dios la ha dotado.

Es por tanto de gran importancia para una persona genuinamente moral o religiosa que tenga una justificación completa para una acción que ella sabe que va a matar a muchos civiles inocentes, y también que presente tal justificación, por lo menos después del hecho consumado. Tal justificación será entonces examinada y discutida por otros a quienes les ayudará o a seguir el ejemplo del agente de modo consciente, con una apreciación cabal de las razones por las que debería seguirse su ejemplo o no, o, si no, para evitar el error que ha cometido de buena fe.

Es asombroso cuán lejos están los terroristas y quienes les apoyan de la conducta de personas que tengan compromisos y escrúpulos que sean genuinamente morales y religiosos. Trafican mucho con el lenguaje de la moralidad y la santidad, pero no hay evidencia alguna de que hayan pensado seriamente en lo que su religión requiere de ellos. Lo que nos ofrecen son simples manipulaciones morales del mundo junto con fervientes profesiones de sinceridad y de compro-

13 Puede objetarse que la posibilidad de errar pueda no ser una posibilidad seria en algunos casos. En el caso de Moisés, tal vez, cuando Dios se le apareció, o en los casos de Jesús y Mahoma o inclusive en los casos de sus seguidores inmediatos o sus discípulos. Vale la pena recordar entonces que Mahoma, el profeta *definitivo* de acuerdo con la enseñanza islámica, vivió hace unos 1400 años. De modo que la posibilidad de cometer errores en la comprensión de la voluntad divina tal y como fue revelada por Mahoma es ciertamente una posibilidad real en nuestro tiempo, como lo confirma ampliamente la diversidad de escuelas e interpretaciones de esta revelación. Eximirse a sí mismo de esta posibilidad sería sostener que uno tiene el estatus de profeta o que lo tiene un contemporáneo del que uno está recibiendo la instrucción religiosa directa.

miso. Ellos sí que parecen fuertemente comprometidos —después de todo, muchos de ellos desean morir para lograr el éxito de sus ataques. Pero para que este compromiso sea un compromiso sincero con el Islam, tendría que haber un esfuerzo serio y substantivo de conectar sus actividades y sus manipulaciones con las enseñanzas del Islam. Tendría que haber respuestas reflexivas a preguntas tales como: ¿Por qué es esta una guerra santa?, ¿Quién cuenta como enemigo en esta guerra santa, y por qué? ¿Qué le está permitido a uno hacer en una guerra santa a sus enemigos y a los que no tienen nada que ver en ella? Hay, y ha habido durante siglos, un tratamiento sofisticado a tales preguntas de parte de los académicos islámicos¹⁴. Pero llama la atención que los terroristas y quienes los apoyan no tomen parte en este discurso, aunque sus pronunciamientos y sus acciones sean muy controversiales al interior de este. Parecen esta bastante despreocupados por eliminar lo que he llamado la más terrible posibilidad que tiene un creyente genuino: la de que uno esté matando por error, en nombre de Dios pero contra la voluntad de Dios, a cientos de seres humanos que, no menos que uno mismo, son creación de Dios.

VI

He discutido dos falencias morales de aquellos que están comprometidos en los cinco ataques terroristas. Estuvo mal de su parte el haber herido a grandes cantidades de civiles inocentes sin un propósito apremiante. E hicieron mal en perpetrar estos ataques en nombre de una religión sin tener mucho cuidado de comprender si su religión en realidad justifica tales ataques. Colocando ambos males lado a lado, uno puede pensar que el segundo de ellos tiende a la palidez de la insignificancia ante el primero de ellos. Pero trataré de mostrar que el segundo mal, también, es de gran importancia. Esta discusión también nos dará la segunda razón por la que es muy importante que no solo estemos seguros de que estos ataques terroristas están mal, sino que comprendamos *por qué* están mal. Estamos en el mismo barco con los terroristas en el sentido de que usamos un mismo lenguaje moral así como ellos lo utilizan. Nuestros juicios morales son falibles así como lo son los de ellos. Y tenemos una responsabilidad moral, así como la tienen ellos, de tener mucho cuidado de asegurarnos de que las decisiones importantes que tomamos no sean meramente decisiones que nosotros, no importa cuán sinceramente, creamos que son moralmente justificables, si no que sean decisiones que podamos justificar de hecho.

El lenguaje moral nos rodea por doquier —se elogia y se condena como «bueno» o «malo», como «correcto» o «errado», como «justo» o «injusto», «virtuoso»

14 Véase, por ejemplo, «Islam y la teología del poder» [«Islam and the theology of power»] de Khaled Abou El Fadl en *Middle East Report*, 221 (2001), pp. 28-33.

o «vicioso». En demasiados casos, sin embargo, tal lenguaje es solo empleado para hacer que avancen los intereses personales o grupales. El hablante expresa el juicio más estrecho que le permita lograr su cometido mientras que al tiempo le evite cualquier compromiso normativo posterior que pueda ser un impedimento para él en el presente o en el futuro. Esto es muy común en la política. El político A critica al político B como falto de ética por aceptar un viaje gratis a una conferencia en Brighton, que es cortesía de Shell Oil. Y como no da una explicación adicional de qué es lo que hace que la conducta de B sea falta de ética, esta es una manera demasiado fácil de obtener puntaje político. A B se lo mancha con el rótulo *falto de ética*, mientras que A puede verse bien a causa de su preocupación ética sin imponerle ninguna restricción ética a su propia conducta. A queda en la libertad de, si se sabe que ha aceptado algún viaje gratis, decir que su conducta no fue carente de ética a causa de que su propósito es distinto del de B, que su destino es otro, que su patrocinador es otro o lo que sea.

La conducta de A no es atípica en nuestra cultura. Muchos buscan aprovecharse de la moral para influenciar los sentimientos y la conducta de otros, mientras que, simultáneamente, evitan cualquier interferencia en la búsqueda de sus propios fines que la moral les puede presentar. Esta es una falla moral, claro está, pero parece más bien leve en comparación con horribles crímenes violentos tales como los que hemos comentado. Y a pesar de todo, este corriente abuso de la moral es de gran importancia, como se reconoce una vez que se lo considera, como lo haré ahora, desde tres perspectivas diferentes: desde el punto de vista de la moral misma, desde la perspectiva de los agentes y desde la de nuestra sociedad y de nuestra cultura.

El imperativo de tomarse la moral en serio no es una orden particular de esta o de aquella moral, si no que se vuelve central en cualquier moral —y, de nuevo, incluyo las religiones entre las morales. Aunque sea sustantivo en su contenido, este imperativo central fluye de la comprensión de lo que significa tener —no algunos compromisos morales particulares, sino— cualquier compromiso moral, sea cual sea.

Grosso modo podría decirse que el imperativo central de tomarse la moral en serio implica por lo menos tres requerimientos. Uno debe tratar de integrar los juicios morales de uno mismo, los compromisos religiosos propios y sus creencias religiosas, a través de principios morales más generales en una consideración coherente de la conducta que sea moralmente aceptable. Uno debe esclarecer lo que este sistema unificado de creencias y de compromisos implica para la vida de uno. Y uno debe hacer un esfuerzo serio por respetar estas implicaciones en la conducta de uno mismo y en sus juicios.

Algunos agentes que desechan el imperativo central son los que simplemente dejan de lado las consideraciones morales y el lenguaje moral por completo, y típicamente se comportan mal como resultado de este abandono. Dejémosles de lado, porque son grupos marginales en el mundo contemporáneo.

Mucho más importantes y mucho más numerosos son aquellos que no se interesan en la moral como tal –en descifrar su contenidos y en vivir en conformidad con ella– pero que, de todas maneras, emplean el lenguaje moral para influenciar los sentimientos y la conducta de otros. Apelan a la moral de mala fe, sin una voluntad sincera de entender lo que la moral requiere y, por ende, retan a su imperativo central. Con el fin de hacer avanzar sus propios fines, se presentan falsamente a sí mismos como amigos de la moral y como si hablaran de parte de la moral. Al abusar de la moral de esta manera, no son solo malas personas que se comportan mal, si no que son seres injustos que se comportan injustamente¹⁵. Tales personas son análogas a los jueces o a los oficiales de policía que emplean la ley para acercarse a sus propios fines: un juez que decide en nombre de la gente, pero sobre la base de lo que lo enriquece o lo que hace progresar su ideología sectaria; un oficial de policía que detiene a una mujer joven para su propio entretenimiento o para prevenir que ella exprese ideas políticas que a él le desagradan. Tales acciones no son las peores violaciones de la ley. Y de todas maneras, cuando se cometen manipulando la ley, son en un sentido las más perniciosas de todas. De modo similar, cuando se actúa *manipulando la ley moral* –o sea aparentando que uno está motivado por un compromiso serio con la moral de manera que pueda lograr los fines propios– esta no es la peor violación de la moral, si no que es la que le da un golpe directamente en el corazón. Actuar manipulando al Islam o al Cristianismo son instancias de esto –son actos de desafío en que el agente se pone a sí mismo en lugar de Dios. El contenido de la religión se convierte en lo que sea que el agente declare que es. El agente no está buscando ser guiado por su religión si no que meramente utiliza el lenguaje moral de esta para manipular el mundo como le convenga a sus propósitos aislados.

Imagine una sociedad cuya cultura pública esté dominada por gente de este tipo – que trafican mucho con el lenguaje moral sin respeto alguno por el imperativo central de la moral. En tal cultura se producen infinitas repeticiones de aseveraciones morales específicas («Estados Unidos es el gran Satanás» o «Retirar nuestras tropas en este momento sería una concesión cobarde al terrorismo»), y repeticiones incesantes de generalidades que no se han pensado bien («Debemos pelear con los infieles cuando sea que deshonren lo que es sagrado» o «Debemos defender la libertad de los enemigos de la libertad»). Tales llamamientos morales se hacen en todas partes. Pero ya que permanecen sin explicarse y sin justificarse, no hay ningún debate moral significativo sobre ellos. El efecto político de todo el lenguaje moral que se lanza por todos lados depende entonces del acceso que se tenga a los medios y a las capacidades de actuación en ellos. Para lograr un impacto, uno debe lograr entonar, en el horario más propicio de televisión, las frases relevantes con una cara de honestidad y una

15 Véase «Justicia» [«Justice»] de Thomas Pogge en «Encyclopedia of Philosophy», Editor Donald M. Borchert, Segunda edición (Farmington Hills, MI: Macmillan Reference, 2006).

buena muestra de tener una convicción profunda, llevándole al público la idea de que a uno le importan profundamente las consideraciones morales y que está sinceramente convencido de que la política que uno defiende es la política moral. Y para que no surjan impedimentos a causa de otras políticas que uno quiera defender simultáneamente o en el futuro, uno debe hacer todo esto sin asumir ningún compromiso moral significativo adicional que le pueda traer posibles inconvenientes.

Esta sociedad imaginada no está tan lejos de la que encontramos hoy en el mundo real. La encontramos en gran parte de mundo árabe. Y la encontramos en el Reino Unido y en los Estados Unidos también. El modelo se asemeja muchísimo a la sociedad internacional actual. Con seguridad, hay una gran cantidad de discusiones morales que tienen lugar, no solo en las universidades, sino dentro de otras asociaciones (por ejemplo al interior de las religiones) y en foros políticos tales como en algunos comités de las Naciones Unidas y en varias legislaturas nacionales. Pero el impacto público y la visibilidad de tal discusión moral sería es poca y cada vez disminuye, y los foros políticos en los que tiene lugar son, por tanto, evitados o son marginalizados. Puede que esto no sea visto como una calamidad comparable con el terrorismo. Y a pesar de ello, esta corrupción moral es, en un sentido, un peligro mucho más profundo.

Cuando el lenguaje moral degenera y se vuelve solo otra herramienta más en la pelea competitiva por conseguir la ventaja, entonces esta pelea se vuelve a fin de cuentas irrefrenable. Con seguridad, el poder de los líderes políticos y de las facciones políticas está limitado por el poder de otros líderes y de otras facciones, y también está restringido por los chequeos y por los balances tocantes a los procesos. Pero todas estas restricciones son suaves y flexibles, y están en sí mismas sujetas a incesantes modificaciones mediante el uso del poder político. En tanto los jugadores políticos entienden que su pelea competitiva por el poder es siempre una pelea por las reglas que gobiernan esta competencia, ellos tienden a ser despiadados en la competencia porque no existe otra protección a largo plazo para sus intereses y sus valores. Este problema está bien explicado en la discusión que hace Rawls de un *modus vivendi*. El modelo alternativo que prefiere Rawls es el de un consenso traslapado que se enfoque en reglas sociales firmes y reconocidas ampliamente, con las cuales todos los grupos mayoritarios, tal vez por diversas razones, estén comprometidos por principios morales¹⁶. Pero inclusive sin tal consenso traslapado, puede haber por lo menos esa confianza entre los adversarios que proviene de reconocerse entre sí como agentes genuinamente morales que, por lo menos, están comprometidos con su propia moral. La importancia moral de evitar un mundo donde no hay confianza y donde no se

16 Véase *Liberalismo político [Political Liberalism]* de John Rawls, segunda edición (New York, Columbia University Press, 2005), lectura 4.

comparten las reglas sociales nos da razones morales adicionales para respetar el imperativo central de la moral en las aplicaciones de nuestro lenguaje moral tanto a los asuntos domésticos como a los asuntos internacionales.

VII

Ahora podemos apreciar la segunda razón que se había anunciado antes por considerarla importante –inclusive si no tenemos la más mínima duda– para articular las bases de nuestra firme creencia de que estos cinco ataques terroristas fueron actos nefandos: para articular nuestro entendimiento de porqué estos ataques están mal, o qué es lo que los hace ser malos, como traté de hacerlo antes. Debemos hacer esto para respetar el imperativo central de la moral, que requiere que elaboremos y extendamos nuestros compromisos morales hasta el punto en que impongan restricciones claras a nuestra propia conducta. Esto es crucial para ser personas morales, más bien que personas que manipulan la moral. Y esto es crucial también para ser reconocidos adecuadamente como personas morales, como personas con compromisos morales genuinos, los que estamos dispuestos a discutir con otros y a los que tenemos la determinación de conformarnos en nuestras acciones.

Hay un escepticismo considerable por fuera del afluente occidente acerca del fervor moral con que hemos condenado a los terroristas y con el que hemos llevado adelante nuestra guerra contra ellos. Ocasionalmente, tal escepticismo está acompañado de una simpatía por los terroristas e inclusive por el elogio de ellos. Con mucha mayor frecuencia, sin embargo, los escépticos comparten nuestra convicción de que aquellos ataques terroristas estuvieron muy mal. Su escepticismo incluye el juicio de la sospecha de que estamos moralizando de mala fe, de que estamos interesados en la moral cuando sirve para que obtengamos apoyo o simpatía o por lo menos consentimiento, pero que no tenemos ningún interés en hacer un avalúo moral o en ajustar nuestra conducta ni nuestras políticas a la moral.

Desde mi punto de vista, estos escépticos están, en lo esencial, en lo cierto. Pero antes de presentar alguna evidencia para probar lo que dicen, debo dejar claros dos puntos que no estoy sosteniendo y que, de hecho, rechazo vehementemente. Rechazo el punto de vista de que la conducta errada de parte de nuestros gobiernos hace que los ataques terroristas sean en cualquier medida menos injustificados. Mi condena moral de tales ataques está basada en los daños que les hacen a los civiles inocentes, que no se vuelven blancos permisibles de ataques letales a causa de políticas erradas de los gobiernos –inclusive de los suyos propios. Tampoco sostengo que sea ilícito para aquellos que hacen mal combatir los males hechos por otros. Mi punto de vista principal al discutir la conducta de nuestros gobiernos y sus políticas es mostrar que nuestros políti-

cos llevan a cabo acciones trascendentales, en nuestro nombre, sin ningún esfuerzo por aplicar la moral que profesan en nuestro nombre a decisiones que piden a gritos la justificación moral. Que puedan lograr esto, con comodidad, sin ninguno de los esfuerzos que pido, es culpa de nosotros como ciudadanos.

Permítaseme ilustrar esto recordando algunas de las cosas notables, conocidas de sobra, de la «guerra global contra el terror» (GGCT) tal y como la han orquestado los gobiernos de los Estados Unidos y del Reino Unido. Central a la GGCT tal y como lo conciben es la doctrina de que el peligro del terrorismo justifica el secreto penetrante y la desinformación de los medios y del público general, e inclusive de la legislatura misma. La sugerencia fue que, y lo sigue siendo, el éxito del esfuerzo bélico requiere que la gran parte de este esfuerzo esté exento del escrutinio público y que inclusive las dimensiones de esta exención no se divulguen¹⁷. Un ejemplo conocido y típico es el del abogado general del Reino Unido, Lord Peter Goldsmith, que amenazó con hacerle un proceso criminal a los medios británicos por haber reportado que el presidente Bush había propuesto bombardear la estación de televisión de Al Jazeera en la pacífica Qatar¹⁸.

Un episodio temprano en la GGCT fue el derrocamiento del régimen Talibán en Afganistán. Para tal iniciativa nuestros gobiernos escogieron depender en gran medida del Frente islámico unido para salvar a Afganistán. Esta «Alianza del norte» había estado perdiendo la guerra civil contra los Talibanes, pero el apoyo aéreo a gran escala y el financiamiento brindados por occidente, y los equipos de fuerzas especiales de los Estados Unidos hicieron que la situación

17 En 2005, el FBI emitió 47.211 solicitudes de cartas sobre seguridad nacional (CSN) que pedían a negocios que les entregaran datos privados sobre sus clientes. El reporte público del Departamento de Justicia afirmó que el FBI emitió 9254 solicitudes de CSN durante el año 2005. «El número de solicitudes CSN que identificamos excede, de manera significativa, el número que se reporta en el primer reporte anual del uso de CSN, que salió en abril de 2006, porque al Departamento no se le pidió que incluyera todas las solicitudes de CSN en ese reporte («Una revisión del uso que hace el FBI de las cartas de seguridad nacional» [«A review of the Federal Bureau of Investigation's use of national security letters»] de la oficina del Departamento de Justicia del Inspector General [Department of Justice Office of the Inspector General], de marzo de 2007, p. xix, www.usdoj.gov/oig/special/s0703b/final.pdf). Véase también «Cientos de nuevos documentos revelan el papel mayor que juegan los militares en la vigilancia doméstica» [«Hundreds of New Documents Reveal Expanded Military Role in Domestic Surveillance»] de la Unión americana de libertades civiles [American Civil Liberties Union] del 14 de octubre de 2007, en: www.aclu.org/safefree/nationalsecurityletters/32145prs20071014.html.

18 Véase «Exclusiva: El plan Bush para bombardear su aliado árabe» [«Exclusive: Bush plot to bomb his Arab ally»] de Kevin Maguire and Andy Lines, en *Mirror*, del 22 de noviembre de 2005. www.mirror.co.uk/news/tm_objectid=16397937&method=full&siteid=94762&headline=exclusive-bush-plot-to-bomb-his-arab-ally-name_page.html; y «Crítica al cubrimiento global de los medios» [«Critique of Worldwide Media Coverage»] en CNN que salió al aire el 26 de noviembre de 2005. En: transcripts.cnn.com/TRANSCRIPTS/0511/26/i_c.01.html. Los Estados Unidos habían bombardeado las estaciones de Al Jazeera dos veces antes: en el 2001 en Kabul y en el 2003 en Bagdad, matando a un reportero.

diera la vuelta en su favor. Miles de soldados Talibanes, que habían entregado sus armas a cambio de la promesa que se les hizo de que podrían regresar a salvo a sus poblados de origen que se hizo en una rendición organizada y negociada, en la que participó personal militar de los Estados Unidos, fueron sin embargo embutidos en contáiners de metal para mercancía sin tener acceso ni al aire ni al agua durante varios días. Entre 960 y 3000 de ellos murieron en agonía a causa del calor, la sed y la falta de oxígeno. A algunos de los sobrevivientes se los fusiló y todos sus cuerpos fueron enterrados en una gran fosa común¹⁹. El comandante de las Fuerzas aliadas del norte, Abdul Rashid Dostum, más adelante hizo uso del asesinato y de la tortura para intimidar a los testigos de esta atrocidad²⁰. Mientras los gobiernos insisten en que se ha llevado a cabo una investigación completa de las fosas comunes en Srebrenica, han impedido cualquier revisión oficial de la fosa común de Dasht-e Leili; y el asesinato en masa de los Talibanes que se rendían ya ha sido olvidado en la mayor parte de mundo. Dostum, que también estuvo implicado en crímenes sistemáticos y horribles contra mujeres y niñas²¹, es en el presente Jefe de Estado Mayor de Hamid Karzai, que es Comandante en jefe de las Fuerzas armadas afganas²².

19 Véase «El convoy de muerte de Afganistán» [«The death convoy of Afghanistan»] de Babak Dehghanpisheh, John Barry y Roy Gutman, en *Newsweek*, 26 de agosto de 2002. Véase www.globalpolicy.org/security/issues/afghan/2002/0826memo.htm, para el reportaje de la rendición en Konduz el 25 de noviembre de 2001; Véase «Avalúo preliminar de las supuestas fosas comunes multitudinarias en el área de Mazar-I-Sarif en Afganistán» [«Preliminary Assessment of Alleged Mass Gravesites in the Area of Mazar-I-Sarif, Afghanistan»] de los Médicos por los Derechos Humanos (Physicians for Human Rights), (Boston and Washington: 2002), en: physiciansforhumanrights.org/library/documents/reports/report-massgraves-afghanistan.pdf y la película documental *La masacre afgana: el convoy de la muerte* [Afghan Massacre: The Convoy of Death] de 2002, dirigida por Jamie Doran, www.informationclearinghouse.info/article3267.htm.

20 Véase «Las Naciones Unidas indaga denuncias de violencia contra testigos afganos: reportes de tortura y asesinatos se relacionan con el caso de los soldados Talibanes muertos» [«UN probes claims of violence against Afghan witnesses: reports of torture and killings are tied to case of dead Taliban fighters»] de Valerie Reitman en *Los Angeles Times*, del 15 de noviembre de 2002, p. A13. Véase «Un aliado de los Estados Unidos 'tortura testigos de sus crímenes de guerra'» [«US Afghan ally 'tortured witnesses to his war crimes'»] de Rory McCarthy, en *Guardian*, del 18 de noviembre de 2002. Véase www.guardian.co.uk/international/story/0,3604,842082,00.html.

21 Véase «Amos de la guerra violan para vengarse de los Talibanes» [«Warlord's men commit rape in revenge against Taliban»] de David Filipov, en *Boston Globe*, del 24 de febrero de 2002, p. A1. Las violaciones se centraron en la comunidad Pashtun, de la que los Talibanes habían obtenido mucho de su apoyo político.

22 Véase «Dostum obtiene un cargo militar en Afganistán» [«Dostum gets Afghan military role»] de Andrew North en *BBC News*, del 2 de marzo de 2005, disponible en: news.bbc.co.uk/2/hi/south_asia/4308683.stm. Sobre la evolución de la situación en Afganistán en general, véase los reportes de Amnistía Internacional: www.amnestyusa.org/countries/afghanistan/reports.do. Véase «Fatalmente dañados: bombas apiñadas y el uso que le dan los Estados Unidos en Afganistán» [«Fatally Flawed: Cluster Bombs and Their Use by the United States in Afghanistan»] de Observancia de los Derechos Humanos [Human

Los gobiernos de los Estados Unidos y del Reino Unido defendieron la invasión de Irak que llevaron a cabo en 2003, otra vez, como uno de los componentes necesarios de la GGCT. Pero las pruebas de que sus declaraciones de que Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva y de que tenía vínculos con al-Qaeda eran débiles, y se sabe ahora que estos alegatos eran falsos y que se habían estado haciendo preparativos para la invasión mucho antes del ataque del 11 de septiembre de 2001. El régimen de Hussein había sido responsable de horrendas violaciones de los derechos humanos, que incluían ataques químicos masivos contra los ciudadanos iraquíes e iraníes. Pero estos fueron más severos en 1980 cuando Irak, con patrocinio de Estados occidentales y con químicos llevados allá desde Occidente, libró una guerra contra Irán, que duró nueve años. En ese momento, nuestro gobierno estaba en buenos términos con Saddam Hussein —aunque los Estados Unidos, ansiosos de prolongar la guerra, vendió, a su vez, armas e inteligencia militar a Irán (El caso Irán-Contras)—.

Los Estados Unidos y el Reino Unido rápidamente se encargaron de las prisiones de los regímenes que habían vencido y las llenaron con miles de personas que habían hecho prisioneras en su guerra contra el terrorismo. Denominados «combatientes sin privilegios», «combatientes de guerra sin ley», o «detenidos por seguridad», estas personas han sido rutinariamente humilladas y degradadas a voluntad por el personal de la coalición: fueron desnudados, se les obligó a masturbarse o a simular actos sexuales, se les abusó con perros, fueron esposados en penosísimas posiciones, fueron pateados y quemados, fueron azotados con cables eléctricos, se les encapuchó y se les privó de contacto humano durante meses y fueron torturados con shocks eléctricos, con drogas, mediante la privación del sueño, con la hipotermia inducida y con el ahogamiento simulado²³.

Rights Watch] de 2002, en: hrw.org/reports/2002/us-afghanistan; véase «Matarlos a ustedes es una cosa muy fácil para nosotros: abusos de los derechos humanos en el sureste de Afganistán [«Killing You is a Very Easy Thing for Us»: Human Rights Abuses in Southeast Afghanistan] de julio de 2003, en: www.hrw.org/reports/2003/afghanistan0703; véase «Soportando la libertad: los abusos de las fuerzas de los Estados Unidos en Afganistán» [«Enduring Freedom: Abuses by U.S. Forces in Afghanistan»] de marzo de 2004, en: hrw.org/reports/2004/afghanistan0304; véase «Afganistán: asesinatos y torturas de los Estados Unidos antes de la fecha actual en Abu Ghraib» [«Afghanistan: Killing and Torture by US Predate Abu Ghraib»] del 20 de mayo de 2005, en: hrw.org/english/docs/2005/05/20/afghan10992.htm. Véase también «Los hallazgos preliminares del Centro de investigación médica del uranio en Afganistán y la operación Libertad que perdura» [«UMRC's Preliminary Findings from Afghanistan and Operation Enduring Freedom»] del Centro de investigación médica del uranio [Uranium Medical Research Center], de abril de 2003. (April 2003), en www.umrc.net/os/downloads/AfghanistanOEF.pdf. Allí se prevé «un desastre de salud pública en potencia para Afganistán» a causa del uso masivo de uranio no vaciado en las bombas y en los misiles por parte de las fuerzas de la coalición.

23 El personal de la coalición tomó cientos de fotos y video clips de los abusos que infligieron a sus cautivos; los más atroces nunca fueron publicados, pero se los mostraron, en reuniones privadas, a miembros del Congreso de los Estados Unidos. Véase «Fotos que muestran a iraquíes muertos, tortura y violación» [«Photos show dead Iraqis, torture and rape»] de Marian Wilkinson, en *The Age* del 14 de mayo de 2004, en: www.theage.com.au/articles/2004/05/13/1084289818093.html; Véase «Niños de

Tal abuso está parcialmente explicado por el inmenso y creciente número de «concesiones morales» que les permiten a personas con un récord criminal serio que se unan a las fuerzas armadas de los Estados Unidos²⁴. Un segundo factor que contribuye a esto es que los contratistas civiles, que han jugado un papel principal en el abuso de los civiles, pueden actuar con casi impunidad total²⁵. Un tercer factor importante es que a los oficiales virtualmente nunca se

Irak prisioneros» [«Iraq's child prisoners»] de Neil McKay en *Sunday Herald* (de Glasgow), del 1 de agosto de 2004, en www.globalpolicy.org/security/issues/iraq/attack/law/2004/0801childprison.htm, en el que se reportan más de 100 niños que están bajo la custodia de la coalición, y que fueron sometidos a violaciones y a tortura; véase «Detrás del cable» [«Behind the Wire»] de Deborah Pearlstein and Priti Patel (New York: Human Rights First, 2005), en: www.humanrightsfirst.org/us_law/PDF/behind-the-wire-033005.pdf; véase «Falla en el liderazgo: testimonios de primera mano sobre la tortura a detenidos iraquíes por parte de la División 82 transportada por aire de los Estados Unidos» [«Leadership Failure: Firsthand Accounts of Torture of Iraqi Detainees by the U.S. Army's 82nd Airborne Division»] de Observancia de los Derechos Humanos (Human Rights Watch) de septiembre de 2005, en: hrw.org/reports/2005/us0905 y «La 'Prisión oscura' en Kabul de los Estados Unidos, operada en secreto» [«U.S. Operated Secret, 'Dark Prison', in Kabul»] en *Human Rights News* del 19 de diciembre de 2005, en: hrw.org/english/docs/2005/12/19/afghan12319.htm; véase «Derechos humanos del Reino Unido: una promesa no cumplida» [«United Kingdom Human Rights: A Broken Promise»] de Amnistía internacional, del 23 de febrero de 2006, en: web.amnesty.org/library/Index/ENGEUR450042006, y «Más allá de Abu Ghraib: detención y tortura en Irak» [«Beyond Abu Ghraib: Detention and Torture in Iraq»] del 6 de marzo de 2006, en web.amnesty.org/library/index/engmde140012006; véase «Fuerza 6-26: dentro del campamento Nama; en la 'recámara negra' de la unidad secreta, un horrendo retrato de los abusos de los Estados Unidos» [«Task Force 6-26: inside Camp Nama; in secret unit's, 'black room'; a grim portrait of U.S. abuse»] de Eric Schmitt y Carolyn Marshall, en *New York Times*, del 19 de marzo de 2006, p. A1, disponible en: select.nytimes.com/gst/abstract.html?res=F30617FC34550C7A8DDDDAA0894DE404482. Fuera de tal despliegue de tortura hecho con motivos recreacionales, hubo más sesiones de tortura oficiales que, como ha salido a la superficie recientemente, fueron filmadas por la CIA. Estas filmaciones se le escondieron a la Comisión del 11 de septiembre, cuyos presidentes ahora se sienten traicionados por la CIA («El Panel de Estudio del 11 de septiembre encuentra que la CIA retuvo cintas de filmación» [«9/11 Panel Study Finds That CIA Withheld Tapes»] de Mark Mazzetti: en *New York Times*, del 22 de diciembre de 2007, disponible en: www.nytimes.com/2007/12/22/washington/22intel.html). Por lo menos unos pocos cientos de horas de estas filmaciones se destruyeron en 2005 a pesar de que había varias órdenes de cortes que solicitaban que se conservara tal evidencia («Juez quiere detalles sobre las cintas de video destruidas por la CIA» [«Judge wants details on destroyed CIA tapes»]) en el *Miami Herald*, del 24 de enero de 2008, disponibles en www.miamiherald.com/guantanamo/story/392496.html.

24 Véase «El crecimiento de concesiones morales presenta problemas para un legislador» [«Rise in moral waivers troubles lawmaker»] de Rick Maze, en *Navy Times* del 20 de febrero de 2007, disponible en: www.navytimes.com/news/2007/02/apWaivedRecruits070213/. En 2006, el 20 por ciento de los reclutas del ejército, más del 50 por ciento de los reclutas de la marina, el 18 por ciento de la armada naval, y el 8 por ciento de los reclutas de la fuerza aérea necesitaron concesiones morales para poderse enlistar («Los militares hacen más concesiones a los reclutas» [«Military grants more waivers to recruits»] de Lolita C. Baldor, en: abcnews.go.com/Politics/wireStory?id=2873006&page=3).

25 Unos diez mil contratistas de seguridad privada han disfrutado de inmunidad oficial para no ser procesados en las cortes iraquíes (bajo la Orden 17, que pasó la Autoridad de la Coalición provisional y que es comandada por Estados Unidos, en 2004) y gozan de inmunidad de facto en las cortes estadounidenses. Tales contratistas, que trabajan para Blackwater han asesinado a docenas de civiles desarmados y

les hace un proceso ni se les castiga, presumiblemente para mantener la ficción de que el abuso es mera coincidencia y no está relacionado con ninguna política²⁶. Los testimonios que brinda el personal que ha estado en las prisiones dejan en claro que, por el contrario, buena parte de los abusos era sistemático y deliberado, fomentado y perdonado por la jerarquía de mando²⁷, con el fin de quebrar la resistencia a la ocupación, aboliendo cualquier preocupación por proteger a los inocentes. Esto lo confirma quien fue un interrogante del ejército de los Estados Unidos, Tony Lagouranis quien, en su entrevista en *Hardball* con Chris Matthews, estimó que el noventa por ciento de las personas que interrogó era inocente por completo –no meramente en el sentido técnico de que se es inocente hasta que se pruebe su culpabilidad sino realmente inocente de cualquier resistencia armada a la ocupación de Irak o de cualquier crimen serio que pudiera justificar de algún modo concebible el horrendo tratamiento que se les dio²⁸. A muchos se les detuvo por haber visitado Afganistán una vez, por haber tenido algún tipo de contacto con la ayuda caritativa islámica que tuviera lazos

que no representan ninguna amenaza, y los contratistas empleados por Titan y CACI estuvieron notablemente implicados en los abusos de Abu Ghraib, que incluyeron la violación de una menor en la presencia de personal militar de Estados Unidos. Véase «Los contratistas de seguridad privada: acabando con la cultura de la impunidad» [*Private Security Contractors at War: Ending the Culture of Impunity*] de Derechos Humanos Primero [Human Rights First] de 2008, en: www.humanrightsfirst.info/pdf/08115-usls-psc-final.pdf. El Congreso de los Estados Unidos finalmente ha cortado la inmunidad de facto de los contratistas en octubre de 2007. El gobierno iraquí ha extendido unas semanas más el final de su inmunidad oficial. Véase la información preliminar de Observancia de los Derechos Humanos [Human Rights Watch] en www.hrw.org/english/docs/2004/05/05/iraq8547_txt.htm.

26 El oficial de más alta categoría que fue condenado fue un capitán del ejército a quien se encontró culpable de haber pateado a los detenidos y de haber realizado una simulación de una ejecución. Se lo condenó a 45 días en prisión. Véase «Los juicios por abusos en Irak están, de nuevo, limitados a los rangos inferiores del ejército» [*Iraq Abuse Trial Is Again Limited to Lower Ranks*] de Eric Schmitt, en el *New York Times*, del 23 de marzo de 2006, disponible en www.nytimes.com/2006/03/23/politics/23abuse.html. Véase también el capítulo sobre las fallas en las investigaciones en «Por cantidades: los hallazgos de los abusos con los detenidos y el proyecto de dar cuenta de ello» [*By the Numbers: Findings of the Detainee Abuse and Accountability Project*], en: hrw.org/reports/2006/ct0406/.

27 Véase «Fallas en el liderazgo» [*Leadership Failure*] de Observancia de los Derechos Humanos [Human Rights Watch], nota 23 y «Si no hay sangre, no hay obscenidad»: testimonios dados por soldados de los abusos con los detenidos en Irak» [*No Blood, No Foul: Soldiers' Accounts of Detainee Abuse in Iraq*] de julio de 2006, disponible en: hrw.org/reports/2006/us0706. Véase también «Patrón de abuso» [*Pattern of Abuse*] de Adam Zagorin en *Time*, del 23 de septiembre de 2005, disponible en: www.time.com/time/nation/article/0,8599,1108972,00.htm, y especialmente el trabajo de Jameel Jaffer and Amrit Singh, *La administración de la tortura: un archivo documentado desde Washington hasta Abu Ghraib y más allá* [*Administration of Torture: A Documentary Record from Washington to Abu Ghraib and Beyond*] (New York, Columbia University Press, 2007).

28 Véase «Boladura: tácticas de interrogación» [*Hardball: Tactics of Interrogation*] en MSNBC, que salió al aire el 16 de enero de 2006, disponible en: www.msnbc.msn.com/id/10895199. Véase también la entrevista en *El Mundo* con quien fuera interrogador, Damien Corsetti, disponible en inglés en www.informationclearinghouse.info/article18901.htm.

sospechosos con los terroristas o con sus simpatizantes, o inclusive, para ayudar a obtener información sobre un pariente de ellos que estuviera encarcelado.

Hay muchas instalaciones fuera de Afganistán y de Irak en que se retienen personas de las que se sospecha que son enemigos de Occidente. La más conocida de estas es el complejo que está en la Bahía de Guantánamo, Cuba, que es operada por los Estados Unidos. Los oficiales de las Naciones Unidas han estado tratando de inspeccionar esta prisión desde que se abrió en 2002, pero han rechazado hacer una visita sin el acceso completo a ella y sin la oportunidad de llevar a cabo entrevistas privadas con los detenidos²⁹. El Departamento de Defensa de los Estados Unidos se ha visto obligado por los jueces a emitir un listado de las personas que ha retenido en la Bahía de Guantánamo, y varias de ellas que han sido dejadas en libertad han hecho recuentos gráficos de cómo es el trato que se le da a los prisioneros en ese lugar³⁰.

29 Véase «Edición del Reporte unido de Expertos de Derechos Humanos sobre la situación de los detenidos en la bahía de Guantánamo» [«Human Rights Experts Issue Joint Report on Situation of Detainees in Guantanamo Bay»] de Naciones Unidas [United Nations], que salió en la prensa el 16 de febrero de 2006, disponible en: www.unhcr.ch/hurricane/hurricane.nsf/view01/52e94fb9cbc7da10c1257117003517b3?opendocument. El Comité internacional de la Cruz Roja (CICR) ha estado visitando la bahía de Guantánamo desde enero de 2002, acompañado por los esfuerzos de la Cruz Roja norteamericana para calmar a sus más ciegos donantes patrióticos: «A muchos norteamericanos les parece horrible que cualquiera – especialmente la Cruz Roja– estuviese interesada en el bienestar de los detenidos de guerra afganos que están retenidos por los militares de los Estados Unidos en la Bahía de Guantánamo, en Cuba. Sin embargo, es nuestro propio gobierno el que solicitó que el CICR visitara a los detenidos» (www.redcross.org/news/in/intllaw/guantanamo1.html). Las visitas del CICR se llevan a cabo bajo el supuesto de que sus reportes sean confidenciales y se comuniquen solo a unas autoridades de los Estados Unidos escogidas. Uno de tales reportes salió a la luz pública. Sus contenidos se describen en «La Cruz Roja encuentra que se abusó de los detenidos en la Bahía de Guantánamo» [«Red Cross finds detainee abuse in Guantánamo»] de Neil A. Lewis, en *New York Times*, el 30 de noviembre de 2004, p. A1, en: www.nytimes.com/2004/11/30/politics/30gitmo.html?ex=1259470800&en=825f1aa04c65241f&ei=5088&partner=rssnyt. Véase también «A monitores de la Cruz Roja se les impide ver a Guantánamo» [«Red Cross Monitors Barred From Guantánamo»] de William Glaberson en *New York Times*, del 16 de noviembre de 2007, disponible en: www.nytimes.com/2007/11/16/washington/16gitmo.html.

30 Véase el «Reporte sobre torturas y tratamiento cruel, inhumano y degradante a los prisioneros de la Bahía de Guantánamo» [«Report on Torture and Cruel, Inhuman, and Degrading Treatment of Prisoners at Guantánamo Bay, Cuba»] del Centro de Derechos Constitucionales [Center for Constitutional Rights] de julio de 2006 (en www.ccrjustice.org/files/Report_ReportOnTorture.pdf) y «Detención en Afganistán y en la Bahía de Guantánamo: declaración compartida de Shafiq Rasul, Asif Iqbal, y Rhuhel Ahmet» [«Detention in Afghanistan and Guantanamo Bay: Composite Statement of Shafiq Rasul, Asif Iqbal, and Rhuhel Ahmet»] del 26 de julio de 2004 (www.globalresearch.ca/articles/RAS408A.html); Véase «Combatiente enemigo: un viaje de un musulmán inglés a Guantánamo y su regreso» [«Enemy Combatant: A British Muslim's Journey To Guantanamo and Back»] de Moazzam Begg y Victoria Brittain (London: Free Press, 2006); Véase «Los archivos de Guantánamo: Las historias de 774 detenidos en la prisión ilegal norteamericana» [«The Guantánamo Files: The Stories of the 774 Detainees in America's Illegal Prison»] de Andy Worthington (London: Pluto Press 2007). Véase así mismo el extenso testimonio de Jumah al-Dossari en «Estados Unidos de América: días de adversidades en los campos de detención de los Estados Unidos» [«USA: Days of Adverse Hardship in US Detention

El gobierno de los Estados Unidos asegura que los prisioneros que retiene en la Bahía de Guantánamo no tienen derecho a las protecciones que decreta la Convención de Ginebra³¹ y tiene la intención de hacerles juicios constituidos por comisiones militares. Pero la Corte Suprema de los Estados Unidos denegó ambas cosas al gobierno, haciendo énfasis en las severas fallas de las comisiones militares que se constituyeron. Considérense estas normas que el gobierno pretende establecer:

Se puede impedir que los acusados y sus consejeros civiles conozcan la evidencia que se presente durante cualquier parte del proceso o que la Autoridad designada o el oficial que preside decida «cerrar» o se les puede excluir de conocer esa evidencia... no solo está completamente permitido obtener testimonio de oídas y conseguir evidencia a través de la coerción, sino que no es necesario que los testimonios vivos ni que las declaraciones escritas de los testigos estén acompañadas por un juramento³².

La Corte concluyó que la forma como se planeó el juicio llevado a cabo por la comisión militar, viola tanto las Convenciones de Ginebra como el *Código Uniforme de Justicia Militar* de los Estados Unidos, cuyo artículo 36 (b), requiere que todos los procedimientos anteriores al juicio, los del juicio mismo y los que sean posteriores, sean uniformes con aquellos que se le aplican a los crímenes cometidos por el personal militar de los Estados Unidos³³. La Corte también halló que los juicios llevados a cabo por comisiones militares violan el artículo 3, que es común a todas las Convenciones de Ginebra, y que requiere que cualquier castigo que se imponga se conforme con un «juicio pronunciado por una corte constituida regularmente que proporcione todas las garantías judiciales que las personas civilizadas reconocen como indispensables»³⁴. Como respuesta a la decisión de la Corte, el Congreso de los Estados Unidos desde entonces ha dado paso al Acto de comisiones militares que intentan rehabilitar los juicios hechos

Camps»] de Amnistía Internacional, del 16 de diciembre de 2005, en: web.amnesty.org/library/index/ENGAMR511072005 y «El affidavit de David Hicks» [«The David Hicks affidavit»] en *Sydney Morning Herald*, del 10 de diciembre de 2004, disponible en: www.smh.com.au/news/World/David-Hicks-affidavit/2004/12/10/1102625527396.html.

31 Véase «La cuestión de la tortura: burlando a la Convención de Ginebra» [«The torture question: sidelining Geneva»] de Mike Wiser, del 18 de octubre de 2005, disponible en: www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/torture/themes/sideline.html.

32 Véase «Hamdan contra Rumsfeld» [«Hamdan v. Rumsfeld»] 548 Estados Unidos. (de 2006), pp. 50-51. La mayor parte de las opiniones fueron escritas por Justice Stevens, disponible en www.supremecourtus.gov/opinions/05pdf/05-184.pdf.

33 *Ibid.*, pp. 5, 59-62.

34 *Ibid.*, pp. 67.

por comisiones militares en una forma modificada³⁵. Si esta legislación sobrevive al inminente escrutinio de la Corte Suprema está por verse³⁶.

Las fuerzas de la coalición también han mantenido instalaciones secretas para llevar a cabo detenciones en el mundo entero. Se dice que en Jordania, Pakistán, Qatar, Tailandia, Uzbekistan, varios lugares en Europa oriental, y en la isla inglesa de Diego García³⁷. En estos «sitios oscuros» nuestros gobiernos están haciendo prisioneros a los así llamados detenidos fantasmas –se trata de personas desconocidas cuyo número se ignora por razones que no se saben bajo condiciones de las que no existe información–. Nuestros gobiernos nos dicen que nada desfavorable está ocurriendo en tales lugares. Pero sería irracional e irresponsable confiar en que se están respetando los derechos humanos básicos en lugares a los que nadie más tiene acceso, cuando tales derechos no se respetan en lugares de los cuales una buena cantidad de información se está escapando. El sentido común sugiere que, una vez que las personas han sido atrapadas en el sistema secreto de prisiones, sus captores muestren renuencia a dejarlos en libertad, inclusive cuando han llegado a convencerse de la inocencia de los prisioneros. Como no tienen que dar cuenta de sus acciones, estos captores prefieren que las personas inocentes permanezcan desaparecidas indefinidamente a que vuelvan a aparecer con información sobre las condiciones en estas instalaciones secretas y posiblemente con información que pueda usarse para identificar a los torturadores, a los interrogadores o a los doctores que les colaboran.

El Reino Unido, claro está, es el principal «país socio» en este sistema de la detención secreta y de la interrogación mediante la tortura cuyas víctimas carecen de derechos de cualquier tipo. Los oficiales del Reino Unido tienen asiento en el Comité de revisión de la detención conjunta en Irak al lado de los oficiales norteamericanos, participando en interrogatorios coercitivos aseguran que los

35 Véase el Acta de Comisiones militares de 2006 [*Military Commissions Act of 2006*], Ley pública 109-366, 120 STAT. 2600 [Public Law 109-366, 120 STAT. 2600] del 17 de octubre de 2006, disponible en: www.loc.gov/rr/frd/Military_Law/pdf/PL-109-366.pdf.

36 Véase «Justicias para sopesar los derechos de los detenidos» [«Justices to weigh detainee rights»] de Robert Barnes en *Washington Post* del 30 de junio de 2007, p. A1, disponible en: www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/06/29/AR2007062900743.html?hpid=topnews. Los casos «Boumediene contra Bush» [«Boumediene v. Bush»] y «Al Odah contra los Estados Unidos» [«Al Odah v. U.S.»], se espera que se resuelvan en el verano de 2008.

37 Véase «Los Estados Unidos de América/ Yemen: detención en los 'sitios negros' de la CIA» [«United States of America/Yemen: Secret Detention in CIA 'Black Sites'»] de Amnistía Internacional del 8 de noviembre de 2005, disponible en: web.amnesty.org/library/Index/ENGAMR511772005. Véase también «Dentro de los notables 'sitios negros' de la CIA» [«Inside the CIA's Notorious 'Black sites'»] de Mark Benjamin en *Salon*, del 14 de diciembre de 2007, disponible en: www.salon.com/news/feature/2007/12/14/bashmilah.

derechos humanos no limitan a las fuerzas del Reino Unido en Irak³⁸. El gobierno de los Estados Unidos se apoyó, en los primeros años de la GGCT, en un memorando de cincuenta páginas, firmado por el abogado asistente general, Jay S. Bybee. Este memorando comenta ampliamente las obligaciones legales del personal del ejército de los Estados Unidos bajo el *Convenio internacional sobre Derechos civiles y políticos* y la *Convención contra la tortura y tratamientos crueles, inhumanos o degradantes y el castigo* –ambos ratificados por los Estados Unidos– y bajo una legislación nacional puesta en marcha. Apelando a un precedente de la administración Reagan, Bybee reitera nueve veces que la palabra tortura se refiere solo a las formas «más extremas» de daño físico y mental que resultan en un dolor «agudísimo y angustioso», tales como «la aguja debajo de la uña de los dedos, la aplicación de shocks eléctricos al área genital, o la perforación de los globos del ojo»³⁹. Así dice un fragmento del memorando que se refiere a las condiciones que tiene que cumplir una práctica para ser considerada una tortura:

Donde el dolor es físico, debe ser de una intensidad comparable a la que acompaña a un daño físico serio como la muerte o la falla de un órgano. El dolor mental severo requiere que no sea sólo un sufrimiento que tenga lugar en el momento en que se inflige, sino que también debe haber un daño psicológico duradero, tal y como el que se ve en los desórdenes mentales como el estrés post-traumático... Puesto que los actos que infligen la tortura son extremos, hay una importante gama de actos que, aunque pueden constituir tratamientos crueles, inhumanos o degradantes o castigos, no llegan al nivel de la tortura⁴⁰.

El memorando de Bybee también afirma que, inclusive cuando la tortura, en su limitado sentido, es usada, «la necesidad o la defensa propia podrían ser justificaciones que eliminarían cualquier responsabilidad criminal por hacer uso de ella» y que la revisión judicial de las «interrogaciones que se lleven a cabo por orden del Comandante en jefe, el Presidente, puede ser anti-constitucional»⁴¹. En un lenguaje sencillo: la mayoría de las formas extremas de castigo no son lo suficientemente extremas como para contar como torturas. Inclusive infligir una tortura clara es algo justificado si se apela a la necesidad o la defensa

38 Véase «Reino Unido» [«United Kingdom»] en el «Reporte de Amnistía Internacional de 2005: El estado de los Derechos Humanos en el mundo» [«Amnesty International Report 2005: The State of the World's Human Rights»] (New York: Amnesty International, 2005), disponible en: www.amnesty.org/en/report/info/POL10/001/2005.

39 «Estándares de conducta para la interrogación a menores de 18. U.S.C. sects. 2340-2340A» [«Standards of Conduct for Interrogation under 18. U.S.C. sects. 2340-2340A»] de Jay S. Bybee, en la Oficina de Consejo Legal del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, del 1 de agosto de 2002, pp. 19-20, disponible en: fl1.findlaw.com/news.findlaw.com/hdocs/docs/doj/bybee80102mem.pdf. Aunque está firmado por Bybee, aparentemente el memorando fue escrito por John Yoo.

40 *Ibid.*, p. 46.

41 *Ibid.*

propia. E inclusive si la tortura clara no es tan justificable, las cortes no tienen el poder de detenerla cuando ha sido ordenada por el Presidente.

El memorando de Bybee fue reemplazado por otro memorando firmado por el abogado asistente general de los Estados Unidos activo, Daniel Levin, el 30 de diciembre de 2004, donde se lee: «hemos revisado las opiniones que antes tenía esta oficina sobre asuntos relativos al tratamiento que se le da a los detenidos y no creemos que ninguna de las conclusiones a las que llegó serían diferentes bajo los estándares que se han dispuesto en el actual memorando»⁴². El cambio principal que se le hizo al memorando de Bybee es que la segunda y la tercera línea de defensa se consideraron superfluas puesto que el Presidente le ha ordenado al personal de los Estados Unidos que no realicen torturas, resulta pues innecesario considerar si la tortura es justificada o si las cortes tienen la autoridad para detener la tortura que el Presidente haya ordenado. El memorando reitera varias veces que solamente las formas más extremas de tratamiento inhumano y degradante deberían contar como tortura. Por ende, al igual que el memorando de Bybee, ignora que lo que los Estados Unidos ha firmado y ratificado es una convención en contra de la tortura y *otros tratamientos crueles, inhumanos o degradantes y el castigo*, e ignora así mismo que los Estados Unidos firmó las Convenciones de Ginebra cuyo común artículo 3 prohíbe no solo la tortura sino también «el tratamiento cruel» y los «ultrajes a la dignidad personal, en particular el tratamiento humillante o degradante»⁴³. Este artículo es común a las cuatro convenciones de Ginebra, y su aplicación no puede por tanto ser refutada al sostener que los detenidos no califican como prisioneros de guerra⁴⁴.

Entre los tratamientos que los socios de la coalición utilizan y que oficialmente clasifican como aceptables, están los siguientes:

Estar de pie durante largo tiempo: Esta técnica se describe como de las más efectivas. A los prisioneros se les obliga a permanecer de pie, esposados de manos y con sus pies atados a un gancho en el piso por más de 40 horas. El cansancio y la falta de sueño son efectivos para lograr sus confesiones.

42 Véase «Estándares de conducta para la interrogación a menores de 18. U.S.C. sects. 2340-2340A» [*Standards of Conduct for Interrogation under 18. U.S.C. sects. 2340-2340A*] de Daniel Levin, en la Oficina de Consejo Legal del Departamento de Justicia de los Estados Unidos del 30 de diciembre de 2004, disponible en: www.usdoj.gov/olc/18usc23402340a2.htm, número 8.

43 El texto de las *Convenciones de Ginebra* se encuentra en: www.icrc.org/Web/Eng/siteeng0.nsf/html/genevaconventions.

44 John Yoo, un contribuyente principal al memorando de Levin, hizo esta defensa el 2 de mayo de 2005 (webcast.berkeley.edu/event_details.php?webcastid=12285). En su artículo 4, la Cuarta convención de Ginebra especifica que «las personas protegidas por la Convención son aquellas que, en cualquier momento dado y de cualquier modo, sea el que sea, en caso de que haya un conflicto o una ocupación, se encuentran a sí mismo en las manos de uno de los partidos del conflicto o del poder que invade al cual ellos no pertenecen como ciudadanos» –y se exceptúa solo a los «Nacionales de un estado que no está obligado a atender los reglamentos de la convención» (www.icrc.org/ihl.nsf/7c4d08d9b287a42141256739003e636b/6756482d86146898c125641e004aa3c5).

La celda fría: Al prisionero se lo deja solo, de pie, desnudo, en una celda que se mantiene a cerca de los 50 grados Fahrenheit. A lo largo del tiempo que permanece en la celda se le lanzan duchas de agua helada.

Montar sobre tabla en el agua: El prisionero es atado a una tabla inclinada, con los pies levantados y la cabeza un poco debajo de los pies. Se le cubre el rostro al prisionero con celofán y se le deja caer agua encima. Sin poder evitarlo, sobrevienen los reflejos ante la asfixia y un temor terrible de morir ahogado le lleva a hacer peticiones de que cese el tratamiento⁴⁵.

Otro instrumento de nuestra guerra contra el terror es la «rendición extraordinaria» en la cual las personas son transferidas, sin hacerles ningún proceso legal, a regímenes que se sabe que practican formas de tortura más severas aún. Según un oficial retirado de la CIA, Robert Baer, la CIA captura a individuos de quienes sospecha que tienen lazos con el terrorismo y los pone en un avión. «El fin último de estos vuelos son lugares que, ya sabes, tienen que ver con la tortura... Si se envía a un prisionero a Jordania, uno obtiene una interrogación mejor. Si se envía a un prisionero, por ejemplo, a Egipto, probablemente nunca lo vuelvas a ver, lo mismo que si lo envía a Siria»⁴⁶. Maher Arar, ingeniero de sistemas y ciudadano canadiense, fue lo suficientemente afortunado como para ser visto de nuevo. Cuando venía de Túnez y se dirigía a Montreal, fue detenido durante una parada en el aeropuerto John F. Kennedy y fue llevado a Siria donde estuvo en confinamiento solitario y se lo torturó brutalmente de modo regular. Fue liberado más de un año después de su arresto oficial, y una comisión de investigación canadiense le absolvió por completo de cualquier cargo de terrorismo⁴⁷. El embajador estadounidense en Canadá, Paul Cellucci, co-

45 Véase «Descripción de severas técnicas de interrogación de la CIA» [«CIA's harsh interrogation techniques described»] de Brian Ross y Richard Esposito en *ABC News*, del 18 de noviembre de 2005, disponible en: abcnews.go.com/WNT/Investigation/story?id=1322866&page=1. Estas técnicas fueron usadas y refinadas por la Gestapo Nazi, y «Montar sobre tabla en el agua» fue una técnica usada comúnmente por el Khmer Rouge de Pol Pot en Cambodia.

46 Véase «Archivo de 4: Rendición» [«File on 4: Rendition»] de la BBC, al aire el 8 de febrero de 2005, disponible en: news.bbc.co.uk/nol/shared/bsp/hi/pdfs/15_02_05_renditions.pdf. Véase «Una inmensa cárcel de los Estados Unidos» [«One huge US jail»] de Adrian Levy y Cathy Scott-Clark en *Guardian*, del 19 de marzo de 2005, disponible en: www.guardian.co.uk/afghanistan/story/0,1284,1440836,00.html. Allí se dice: «Robert Baer, un oficial de casos de la CIA en el Medio Oriente hasta 1997, nos contó cómo funciona: 'Cogemos a un sospechoso o arreglamos las cosas para que uno de los países socios lo haga. Entonces el sospechoso es colocado en un transporte civil que se dirige a un tercer país en que, digámoslo abiertamente, utilizan la tortura. Si uno quiere que se realice una buena interrogación, uno envía a la persona a Jordania. Si uno quiere que maten a la persona, uno la envía a Egipto o a Siria. De cualquier modo, a los Estados Unidos no se le puede culpar puesto que no hace el trabajo pesado'».

47 Véase el «Reporte de eventos relacionados con Maher Arar: análisis y recomendaciones» [«Report of the Events Relating to Maher Arar: Analysis and Recommendations»] de la Comisión de búsqueda de las acciones de oficiales canadienses relacionadas con Maher Arar [Commission of Inquiry into the Actions of Canadian Officials in Relation to Maher Arar] (Ottawa: Public Works and Government

mentó que «el gobierno de los Estados Unidos seguirá deportando a los ciudadanos canadienses a terceros países si son una amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos»⁴⁸. Khaled el-Masri, un ciudadano alemán raptado por la CIA mientras pasaba vacaciones en Macedonia, también volvió a aparecer después de estar detenido cinco meses en Afganistán donde se lo esposó, se lo golpeó y se le inyectaron drogas. Se lo liberó en algún lugar de Albania cuando sus captores se dieron cuenta de que su rapto era un caso de identidad mezclada⁴⁹.

Con respecto a los detenidos fantasmas y las rendiciones extraordinarias, de manera típica no se le brinda información a los miembros de la familia sobre las personas que faltan, ni al público en general, ni siquiera a los abogados de los Estados Unidos o del Reino Unido sobre quién es detenido, dónde, por cuánto tiempo y bajo qué condiciones. La gente está desapareciendo del mismo modo en que desaparecía en las dictaduras militares de Latinoamérica durante los setentas y los ochentas. E inclusive cuando la detención de personas específicas llevadas a cabo por el personal de los Estados Unidos o del Reino Unido la conocen los parientes y los amigos del detenido, estos últimos a menudo no pueden obtener información adicional. No saben si sus seres queridos están muertos o vivos y, si están vivos, dónde se encuentran capturados, ni quién lo ha hecho, ni cómo se los trata. Las fotografías de las prisiones a cargo de la coalición que pueden ver los amigos y los parientes en los medios de comunicación – mucho más en otros países que en los nuestros – no pueden darles ninguna tranquilidad. Y estas fotografías dan un matiz terrible a nuestras palabras, tales como las que se dijeron en el Día internacional en apoyo de las víctimas de la tortura de las Naciones Unidas: «Las víctimas a menudo se sienten olvidadas, pero no las olvidaremos. Los Estados Unidos aboga por la responsabilidad que tenemos con las víctimas y financia los centros de tratamiento para las víctimas de la tortura... Estamos con las víctimas para buscar su sanación y su recupera-

Services Canada, 2006), disponible en: www.ararcommission.ca/eng/AR_English.pdf. En otro caso, un residente británico fue llevado por la CIA a Marruecos para que fuera torturado durante 18 meses (lo que incluía cortarle sus genitales con una cuchilla de afeitar). Luego se lo llevó por aire a la Bahía de Guantánamo, donde continúa confinado sin cargos y sin juicio, cuatro años después. Véanse «Fotos de la CIA 'muestran que un detenido británico en Guantánamo fue torturado'» [«CIA Photos Show UK Guantanamo Detainee Was Tortured»] de Robert Verkaik, en *The Independent* del 10 de diciembre de 2007, disponible en: news.independent.co.uk/world/americas/article3239372.ece.

48 Véase «Los Estados Unidos no cambiarán la política sobre las deportaciones a terceros países: embajador» [«U.S. won't change policy on deportations to third countries: ambassador»] de CBC News, del 4 de diciembre de 2003, disponible en: www.cbc.ca/news/story/2003/12/04/cellucci_passport031204.html.

49 Véase «Un hombre raptado por error por la CIA busca la rehabilitación de la petición» [«Man mistakenly abducted by CIA seeks reinstatement of suit»] de Neil A. Lewis en *New York Times* del 29 de noviembre de 2006, p. A15, disponible en: select.nytimes.com/gst/abstract.html?res=F10C14FC3A5A0C7A8EDDA80994DE404482.

ción, e instamos a todas las naciones a que se unan a nosotros en estos esfuerzos por restaurar la dignidad a cada persona que ha sido afectada por la tortura»⁵⁰.

En cuanto a los ataques terroristas, deberíamos preguntar si toda esta barbarie, mucha de ella infligida a los inocentes, es realmente necesaria para proteger a nuestras sociedades de los ataques terroristas. ¿Estaríamos peor protegidos y, si fuese así, en qué medida si no transfiriéramos a los sospechosos a países notables por sus torturas? ¿Estaríamos peor protegidos y, si fuese así, en qué medida, si permitiéramos que hubiese una supervisión judicial que tuviera por lo menos un registro público de quién ha sido detenido así como darle una oportunidad a los prisioneros para que se comuniquen con doctores y con abogados independientes? La reflexión sobre estos asuntos sugiere que la barbarie de nuestra respuesta a los ataques terroristas puede muy bien ser contraproducente al incitar a más terrorismo del que puede detener⁵¹.

VIII

Lo que es sorprendente es que nuestros gobiernos muestren tan poco interés en justificar, en términos morales, los grandes daños que claramente infligen a los inocentes. Claro, ellos trafican mucho con la retórica moral y religiosa, a ambos lados del Atlántico. Pero, ¿hay alguna evidencia de que aquellos que diseñan e implementan los métodos de la coalición en la guerra global contra el terror han pensado cuidadosamente en su justificación moral? Se dedicarían a tal reflexión seria si estuviesen genuinamente preocupados porque su conducta estuviese moralmente justificada —o permítaseme decir—, *nuestra* conducta, porque ellos están actuando como nuestros representantes, elegidos en nuestro nombre. Y si se hubieran ocupado de tal reflexión moral seria y se hubieran convencido a sí mismos de que estos métodos son de hecho justificados moralmente bajo las

50 Véase «Palabras del Presidente en el día internacional en apoyo de las víctimas de la tortura» [«President's Statement on the U.N. International Day in Support of Victims of Torture»] de George W. Bush, del 26 de junio de 2004, en: www.whitehouse.gov/news/releases/2004/06/20040626-19.html.

51 Una votación secreta que se llevó a cabo en Irak para el Ministerio de Defensa del Reino Unido y que más tarde llegó a los medios dio como resultado que «el cuarenta y cinco por ciento de los iraquíes creen que los ataques contra las tropas de los Estados Unidos y del Reino Unido están justificados —y se eleva a un sesenta y cinco por ciento en la provincia de Maysa que está controlada por los británicos—; ochenta y dos por ciento se «opone mucho» a la presencia de las tropas de la coalición; menos de un uno por ciento de la población cree que las fuerzas de la coalición son responsables de cualquier mejoría en la seguridad; el sesenta y siete por ciento de los iraquíes se siente menos seguro a causa de la ocupación; un 43 por ciento de los iraquíes cree que las condiciones para que se den la paz y la estabilidad han empeorado; un 72 por ciento no tiene confianza en la fuerzas multinacionales (véase «Encuestas MoD secretas: los iraquíes respaldan los ataques a las tropas británicas» [«Secret MoD poll: Iraqis support attacks on British troops»] de Sean Rayment en *Daily Telegraph* del 22 de octubre de 2005, disponible en: www.telegraph.co.uk/news/main.jhtml?xml=/news/2005/10/23/wirq23.xml).

condiciones existentes, ¿no querrían que esta justificación fuese conocida públicamente de modo que todos podamos apreciar que lo que se hace en nuestro nombre, a pesar de las apariencias, está realmente justificada por la moral?

El comportamiento de nuestros políticos se explica mejor por su deseo de actuar manipulando la moral. Esto apenas requiere de la escueta aseveración de que estamos haciendo lo correcto, y que se presente en tono agradable de sinceridad y de compromiso. Lo que es más sorprendente, de nuevo, es que nuestros políticos se salgan con la suya con tanta facilidad. Esto no es solo sorprendente en el caso de la GGCT que discutimos aquí, sino en relación con la política exterior de los Estados Unidos y del Reino Unido en general.

En los noventa, las Naciones Unidas sostuvo un régimen severo de sanciones económicas en contra de Irak que redujeron en gran medida el acceso a los alimentos y a las medicinas que tenían los iraquíes pobres y posteriormente degradaron la infraestructura de Irak (que ya estaba bastante dañada), restringían las provisiones de electricidad, agua y saneamiento, lo cual tuvo efectos devastadores por la incidencia de las enfermedades contagiosas que sobrevinieron. Madeline Albright, que era entonces embajadora de Estados Unidos en las Naciones Unidas, defendió el régimen de sanciones en «60 Minutos» (*60 Minutes*):

Lesley Stahl: Hemos escuchado que medio millón de niños ha muerto. O sea, son más de los niños que murieron en Hiroshima... ¿Vale la pena el precio que se paga por esto?

Albright: Creo que es una decisión muy difícil, pero el precio —creemos que vale la pena ese precio que se paga... Es una cuestión moral, pero la pregunta moral es aún mayor. ¿No le debemos a la gente de Estados Unidos y a los militares de Estados Unidos y a los otros países de la región que este hombre [Saddam Hussein] no sea una amenaza?

Stahl: ¿Aún con el hambre que esto trae?

Albrigpht: Yo creo, Lesley, que es difícil para mí decirlo porque soy una persona humanitaria, pero mi responsabilidad principal es la de asegurarme de que las fuerzas de Estados Unidos no tengan que ir a volver a luchar la Guerra del golfo de nuevo⁵².

La entrevistadora dejó ahí las cosas, y las afirmaciones solo obtuvieron una reducida atención en los medios en los Estados Unidos y en Europa y no se las tuvo en cuenta en las audiencias de confirmación de Albright ante el Senado como Secretaria de Estado ese mismo año. Sin embargo, las afirmaciones fueron bastante transmitidas y discutidas en el mundo árabe y, aparentemente, fueron la motivación de uno de los terroristas implicados en los ataques que se han

52 Véase «60 minutos: castigando a Saddam» [*60 Minutes: Punishing Saddam*] en CBS, que salió al aire el 12 de mayo de 1996.

descrito antes⁵³. En su biografía, Albright expresa un profundo remordimiento por sus afirmaciones: «Nada importa más que las vidas de las personas inocentes. Había caído en una trampa y dije algo que simplemente no quería decir»⁵⁴.

Pero si nada importa más que las vidas de los civiles inocentes, ¿entonces por qué continuaron estas mismas sanciones severas, sin importar los efectos que tuvieran en los civiles iraquíes? A pesar de la considerable variación en los estimados, estaba claro desde un comienzo que el impacto sobre la salud de los civiles iraquíes que tendrían las sanciones sería devastador⁵⁵. Los estudios más cuidadosos que he encontrado son los de Richard Garfield, que estima que la mortalidad entre los niños menores de 5 años se elevó de entre 40 a 45 por cada mil niños en el año 1990 a más o menos 125 por cada mil durante 1994-1999 y acentúa que muchos de los niños que sobrevivieron estuvieron sometidos a un daño duradero en su salud⁵⁶. Garfield estima que las muertes excesivas de los niños de menos de cinco años fueron de 3000 al mes durante el periodo de 1991 a 2002, con un intervalo confiable de entre 343.900 y 525.400 muertes en todo este periodo⁵⁷.

En 1998, Denis Halliday, coordinador de la ayuda humanitaria a Irak y Secretario general asistente de las Naciones Unidas, se retiró después de trabajar 34 años con Naciones Unidas. Para explicar su renuncia, escribió: «Renuncio porque la política de las sanciones económicas es totalmente fallida. Estamos en el proceso de destruir una sociedad entera. Es así de sencillo y así de aterrador suena... Cada mes mueren cinco mil niños... No quiero administrar un programa que ofrece como resultados estadísticas como estas»⁵⁸. Agregó en una entrevista:

Se me había ordenado que implementara una política que cumpliera con la definición de lo que es un genocidio: una política deliberada que ha asesinado de modo efectivo a más

53 A Mohamed Rashed Daoud al-'Owhali se le dio cadena perpetua por su cooperación en el bombardeo de la embajada de los Estados Unidos en Nairobi en 1998. Véase «La defensa de un bombardeador se enfoca en la política de los Estados Unidos en Irak» [«Bomber's defense focuses on U.S. policy in Iraq»] de Phil Hirshkorn en *CNN International*, del 4 de junio de 2001, disponible en: edition.cnn.com/2001/LAW/06/04/embassy.bombings.02.

54 Véase *Señora secretaria: unas memorias* [*Madam Secretary: A Memoirs*] de Madeline Albright (New York, Miramax Books, 2003), p. 275.

55 Véase «Irak hambriento: un desastre humanitario que podemos detener» [«Starving Iraq: One Humanitarian Disaster We Can Stop»] de la Campaña contra las sanciones a Irak [Campaign Against Sanctions on Irak], de marzo de 1999, tabla 7. en: www.casi.org.uk/briefing/pamp_ed1.html, para una tabulación de los varios estimados.

56 Véase la entrevista a Richard Garfield en *Columbia News*, del 3 de marzo de 2000, disponible en: www.columbia.edu/cu/news/media/00/richardGarfield/index.html.

57 Véase www.pbs.org/frontlineworld/stories/iraq/sanctions.html, donde también se reporta que el estimado hecho antes por Garfield es que las sanciones habían matado 227.713 niños en los 91 meses entre agosto de 1990 y marzo de 1998.

58 Citado en «Apretado hasta la muerte» [«Squeezed to death»] de John Pilger, en *Guardian*, del 4 de marzo de 2000, disponible en: www.guardian.co.uk/weekend/story/0,3605,232986,00.html.

de un millón de individuos, niños y adultos. Todos sabemos que el régimen, Saddam Hussein, no está pagando el precio de las sanciones económicas; al contrario, se ha fortalecido con tales medidas. Son las personas de bajos recursos las que están perdiendo a sus hijos o a sus padres por la carencia de agua potable. Lo que está claro es que el Comité de seguridad está fuera de control ahora, porque sus acciones minan su propia Carta constitucional, y las Declaraciones de los Derechos Humanos y la Convención de Ginebra. La historia se encargará de juzgar a los responsables⁵⁹.

En 2000, el sucesor de Halliday, Hans von Sponeck, también renunció, después de prestar servicio a las Naciones Unidas durante 32 años, al tiempo que criticaba con severidad el régimen de las sanciones así como la deshonestidad de los oficiales importantes de los gobiernos de Blair y de Clinton⁶⁰. Jutta Burghardt, Director del Programa de alimentación mundial de las Naciones Unidas para Irak, también renunció por las mismas razones⁶¹.

Nada importa más que las vidas de las personas inocentes. La mayoría de nosotros estaría de acuerdo con Albright en esto. La mayoría también estaría de acuerdo con la responsabilidad principal, que es la que tenemos con nuestro país. Y la mayoría de nosotros respalda estos dos compromisos de un modo tan superficial que, como Albright, no notamos la tensión existente. Luego, cuando se debe optar entre promover los intereses de nuestro país –nuestro gobierno, los ciudadanos o las corporaciones– y aquellos de las personas inocentes en el extranjero, de forma rutinaria le damos prioridad a lo primero sin siquiera examinar el costo que nuestras decisiones van a imponerle a la vida de los inocentes.

Con este mismo espíritu, los gobiernos de los Estados Unidos y del Reino Unido han afirmado que no registran las muertes de los civiles después de sus invasiones y ocupaciones de Afganistán e Irak⁶². Y en el mismo espíritu nuestros

59 *Ibíd.*

60 Véase *Un tipo distinto de guerra: el régimen de sanciones de las Naciones Unidas en Irak* [*A Different Kind of War: The UN Sanctions Regime in Iraq*] de Hans von Sponeck (Oxford: Berghahn Books, 2006).

61 Véase las razones de Burghardt descritas en «Sanciones a Irak: 'la campaña de la propaganda'» [*Sanctions on Iraq: the 'propaganda campaign'*] de Anthony Arrove, en *ZNET Daily Commentaries*, del 1 de abril de 2000, en www.zmag.org/ZSustainers/ZDaily/2000-04/01arrove.htm) que están mucho más articuladas en su ensayo: «La situación humanitaria en Irak, el programa humanitario 'Petróleo para comida' y los derechos humanos» [*The humanitarian situation in Iraq, the humanitarian program 'Oil for Food' and human rights*] en *CSCA Web*, de julio de 2001, disponible en: www.nodo50.org/csc/english/petxalim-ddhh-eng.html.

62 «El Pentágono... no tiene planes de determinar cuántos civiles iraquíes pueden haber muerto o puedan haber sido heridos o puedan haber sufrido daños a sus propiedades como resultado de las operaciones militares de los Estados Unidos en Irak». Véase «Estados Unidos no tiene planes de contar las 'casualidades' civiles» [*U.S. has no plans to count civilian casualties*] de Bradley Graham and Dan Morgan en *Washington Post*, del 15 de abril de 2003, p. A13, disponible en www.washingtonpost.com/ac2/wp-dyn/A26305-2003Apr14. Jack Straw, Secretario de Estado de Asuntos del Bien Común y

gobiernos hacen someter, bajo presión, al resto del mundo a sus reglas económicas y a las políticas que favorecen. Los programas estructurales de ajuste que el Fondo Monetario Internacional requirió han privado a millones de niños africanos de poder asistir a la escuela elemental⁶³.

Las barreras de mercado de los proteccionistas están privando injustamente a las poblaciones pobres de una subsistencia decente⁶⁴. Los préstamos y las ventas de armas mantienen a líderes brutales y corruptos en el poder en los países en vía de desarrollo, y las leyes bancarias laxas facilitan los desfalcos masivos que realizan los oficiales públicos en estos países⁶⁵. Los derechos de propiedad inte-

Asuntos Extranjeros del Reino Unido se hallaba de acuerdo cuando afirmaba que «en las condiciones que hay en este momento en Irak... sería imposible hacer un estimado preciso que fuera confiable... de las 'casualidades' civiles totales y, de cualquier modo, el Reino Unido no tiene ninguna obligación con la Ley humanitaria internacional de hacer tal estimado. Véase «Comentario ministerial escrito de Jack Straw» del 17 de noviembre de 2004 en *Hansard*, 426/57 de 2004, disponible en www.cbc.ca/news/background/iraq/casualties.html. No hay datos extra-oficiales de la cuenta de los muertos en Afganistán que sean confiables. Algunas de esas muertes reciben poca atención en los periódicos, como en este caso:

Un golpe desde el aire mata a 9 personas en Afganistán. El diputado gubernamental Sayad Mohammad Dawood Hashimmi dijo que un ataque hecho desde el aire por la coalición dio en una casa de familia en la provincia de Kapisa en Afganistán y mató a nueve miembros de la familia. Los militares dijeron que dos bombas golpearon un conjunto residencial al que se vio que entraron militantes armados, después de que hubo un ataque con misiles a una base de los Estados Unidos. El Teniente Coronel del Ejército, David Accetta, un portavoz militar afirmó: «Estos hombres a sabiendas pusieron en peligro a los civiles al retirarse a un área poblada» (www.usatoday.com/printedition/news/20070306/a_wobs06.art.htm). Las cuentas de los muertos extraoficiales en Irak sostienen que se han reportado, por lo menos, 80.000 muertos desde la invasión del 2003 y se asume que el verdadero número es considerablemente mayor (www.iraqbodycount.org). Una encuesta reciente estima las muertes de civiles en 654.965 entre el 18 de marzo de 2003 y junio de 2006 (con un 95% de intervalo confiable de entre 392.979 y 942.636), incluyendo 601.027 muertes a causa de la violencia. Véase «La mortalidad después de la invasión de Irak de 2003: una encuesta conjunta de entrecruzamiento de secciones» [«Mortality after the 2003 invasion of Iraq: a cross-sectional cluster sample survey»] de Gilbert Burnham, Riyadh Lafta, Shannon Doocy y Les Roberts, en *Lancet*, del 11 de octubre de 2006, disponible en: www.thelancet.com/webfiles/images/journals/lancet/s0140673606694919.pdf, p. 6. Los resultados de esta encuesta fueron negados por los gobiernos de los Estados Unidos y del Reino Unido, pero se encontró que estaba bien fundamentada en comunicaciones internas al interior del gobierno inglés. Véase «La encuesta de muertes en Irak 'dio resultados gigantescos'» [«Iraqi deaths survey 'was robust'»] de Owen Bennett-Jones en BBC News, del 26 de marzo de 2007, disponible en: news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/politics/6495753.stm.

63 Véase *La Globalización y sus descontentos* [*Globalization and Its Discontents*] de Joseph E. Stiglitz (New York: W.W. Norton, 2002).

64 Véase «Abriendo trabajos de comercio para gente pobre» [«Making trade work for poor people»] de Nicholas Stern. Discurso pronunciado en el Consejo nacional de investigación económica aplicada [National Council of Applied Economic Research] de Nueva Delhi, el 28 de noviembre de 2002, disponible en: iteresources.worldbank.org/INTRES/Resources/stern_speech_makingtrwor_ktorpoor_nov2002.pdf.

65 Véase *El talón de Aquiles del capitalismo* [*Capitalism's Achilles Heel*] de Raymond W. Baker, (Hoboken NJ: John Wiley & Sons, 2005).

lectual ordenados por la Organización de comercio mundial privaron a millones de pacientes pobres alrededor del mundo de las medicinas genéricas baratas⁶⁶. En estos casos y en muchos otros, nuestros políticos realizan acciones importantes, en nuestro nombre, sin ningún esfuerzo de aplicar la moralidad que profesan en nuestro nombre a decisiones que piden a gritos una justificación moral. Sus crasas aseveraciones de que su conducta está bien, moralmente hablando, son aceptadas por la vasta mayoría de ciudadanos que similarmente se inclinan a evitar pensar adicionalmente sobre cómo nuestra «primera responsabilidad» para beneficiarnos a nosotros mismos puede restringirse por los intereses de la gente inocente en otros países. Parece que, fuera de unos pocos foros aislados, la distinción entre lo que está moralmente bien y lo que se cree que lo está y lo que se proclama que lo está, está a punto de colapsar. Esta es una falencia desastrosa en nuestra cultura pública que, muy lejos de sus horribles efectos, fundamentalmente mina nuestra ambición de ser una civilización que se esfuerza por la decencia moral.

66 Véase «Las implicaciones de los acuerdos de libre comercio bilaterales en cuanto al acceso a las medicinas» [«Implications of bilateral free trade agreements on access to medicines»] de Carlos M. Correa en *Boletín de la Organización mundial de la salud* [Bulletin of the World Health Organization] 84, de 2006, pp. 399-404, disponible en: www.who.int/bulletin/volumes/84/5/399.pdf; Véase «Salud pública y derechos de propiedad intelectual» [«Public health and intellectual property rights»] de Carlos M. Correa, en *Global Social Policy*, 2 de 2002, pp. 261-78, en: <http://gsp.sagepub.com/cgi/reprint/2/3/261>; y *Pobreza mundial y Derechos humanos* [World Poverty and Human Rights] de Thomas Pogge, segunda edición (Cambridge, Polity, 2008), capítulo 9.